

O B R A S
ESCOGIDAS

Luis Pérez Aguirre

Mujer de la vida

(pasión y prostitución de Miriam)



Ediciones
TRILCE

LUIS PÉREZ AGUIRRE

OBRAS ESCOGIDAS

LUIS PÉREZ AGUIRRE

OBRAS ESCOGIDAS

ANTI-CONFESIONES DE UN CRISTIANO

LA OPCIÓN ENTRAÑABLE

MUJER DE LA VIDA

pasión y prostitución de Miriam

LA IGLESIA INCREÍBLE

Materias pendientes para su tercer milenio

LA CONDICIÓN FEMENINA

DESNUDO DE SEGURIDADES

Reflexiones para una acción transformadora

Luis Pérez Aguirre

MUJER DE LA VIDA
pasión y prostitución de Miriam

Ediciones
TRILCE

Esta edición de Obras Escogidas no hubiese sido posible sin el invalorable apoyo de la RED DE AMIGOS DE LUIS PÉREZ AGUIRRE (<redamigosperico@cebra.com.uy>)

Foto de carátula: Carlos Tato, gentileza de *Brecha*

Primera edición: Ediciones Trilce, octubre 1991, ISBN 9974-32-012-7

© 1991, Ediciones Trilce

Durazno 1888

11200 Montevideo, Uruguay

tel. fax (5982) 412 76 62 y 412 77 22

trilce@trilce.com.uy

www.trilce.com.uy

ISBN 9974-32-332-0 de las Obras Escogidas

ISBN 9974-32-334-7 de este volumen de las Obras Escogidas

Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2003 en Gráfica Futura, Agraciada 3182, Montevideo, Uruguay. Depósito Legal N° 330 977, Comisión del Papel. Edición amparada al Decreto 218/96.

*Hoy recuerdo mariposas
que ayer sólo fueron humo.
Mariposas, que emergieron de lo oscuro*

Mariposas, Silvio Rodríguez

*Les aseguro que entrarán antes
que ustedes al Reino de los Cielos*

*Jesús de Nazaret
(Mateo 21: 31)*

PRÓLOGO PARA ESTA EDICIÓN

Nadie sale de un libro igual a como entró en él, se ha dicho. A condición, claro está, de que ese libro sea algo más que un simple pasatiempo. Tal el caso de éste. La primera perplejidad que nos propone es la de su género: ¿novela?, ¿documento?, ¿ensayo? Pienso que es todas las cosas a un tiempo. Según su autor, hubo cambios de tiempos y de nombres; hay una estructura que deliberadamente toma prestados numerosos elementos a la ficción: diálogos (rigurosamente auténticos, sin embargo), monólogos interiores, saltos atrás. Hay un imaginario desvario, en el que la protagonista, Miriam, repasa vertiginosamente su vida de desdicha y dolor ante la inminencia de su muerte.

Confieso haber empezado a leer el manuscrito con muchos reparos: en estos últimos tiempos, el tema de la prostitución (el infinito tema de la prostitución) había sido abordado con ligereza, superficialidad, novelería o frivolidad, cuando no con cierta tilingüería. A ello se sumaba una antigua prevención. Un viejo manual de periodismo aconsejaba aproximarse al tema con la mayor cautela posible, ya que si bien en principio se trata siempre de un asunto del mayor interés humano y social, el lector suele esquivarlo o, llegado el caso, examinarlo sin benevolencia alguna, acosado por sus prejuicios.

Bastó la lectura de las primeras páginas para que todas esas reservas desaparecieran, barridas por un ventarrón inclemente, dejando a la vista un paisaje impregnado de ternura, grave, habitado por el amor, en el mejor sentido que pueda atribuirse a esta palabra bajo sospecha.

Aquí, más allá de la forma elegida (original, ceñida, servicial) todo se impone de inmediato a partir de un trasfondo de autenticidad sin dobleces, directo, descarnado. Todos los elementos de que el autor echa mano apuntan a un solo fin: rescatar una realidad deformada, caricaturizada o satanizada por ignorancia o mala fe, ponerla bajo la cruda luz de los más poderosos reflectores, para disipar las sombras tenaces de los prejuicios, de los lugares comunes.

En su Diario, recuerdo, Dostoievski afirmaba que a él le bastaba ver a un padre caminando con su hijo por las calles de una ciudad, para saber, positivamente, cómo eran las relaciones de ese hombre. No necesitaba seguirlos, espiarlos, pedir informaciones a los vecinos. Un gesto, algunas palabras, le alcanzaban. Algo parecido puede decirse de este libro: la lectura de dos o tres páginas nos permite acceder, de manera fulminante, al corazón de su materia y a la autenticidad de su escritura.

También para ingresar a un mundo distinto, paralelo, del que apenas conocemos ciertas apariencias: unas mujeres de minifalda o metidas en pantalones ajustados, recostadas contra un murito o una pared (como Miriam); o fumando en mesitas atestadas de botellas y vasos, en los bares del Bajo. O a pleno sol, en Bulevar Artigas, impasibles, aguardando un cliente temprano.

El mundo que nos propone Pérez Aguirre es el que está oculto detrás de ese tinglado: es el mundo diario, reducido, muchas veces sórdido, el infierno cotidiano de la soledad, del abandono, de lo precario, de las enfermedades, que empezó a conocer en el Puerto, en el Bajo, allá por 1974, cuando inició su acción evangélica de ayuda, de asistencia, de solidaridad. De ahí derivé al trabajo con los niños abandonados, nos dijo en una conversación. Esa lucha volvió a intensificarse en 1988, con la creación del sindicato de meretrices, Amepu.

Allí conoció Pérez Aguirre a muchas de las mujeres que aparecen en este libro, se metió en los vericuetos de su vida diaria, las vio pelear a brazo partido por sus hijos (suelen tener tres, cuatro, o más), por esos hijos que constituyen su orgullo y, sobre todo, su esperanza: la esperanza de que los chicos tengan otra suerte en la vida.

Es de ese mundo de difícil acceso que habla este libro que nos lleva al corazón mismo de una problemática muchas veces ignorada, mal interpretada, despreciada, ausente de casi todos los grandes foros internacionales.

Omar Prego

UNO

Qué noche horrible. Y sólo a mí se me ocurre venirme con esta mini para que se me cuele el viento helado hasta la con...ciencia. Y todo por esos quilos de más que me revientan el vaquero cuando me lo pongo. Ojalá venga Marta temprano y me paso a su esquina. Si no aparece embroncada, claro, porque un día es un ángel y me ofrece hasta el alma, y otro es un demonio que todo destruye y rompe las bolas a todo el mundo. Pero su esquina es mejor que este descampado para los días de viento. Además el murito nos salvó de unas cuantas pasadas de camioneta. Lo que no puedo superar es esa vergüenza ajena cuando estamos las dos acurrucadas como boludas detrás del muro mientras pasa la camioneta y el temor de que salga alguien de la casa y nos vea así. Pero es mejor que andar a las corridas. Pensá en la pobre Irene el otro día cuando se trepó al árbol y se tajeó la nalga con un puto alambre del cartel de propaganda política. Te salvás de los milicos y terminás en Salud Pública, perdés la jornada de trabajo. Y vuelta jodida para casa, el llanto de los gurises, la olla vacía y la bronca encima. Pobre Irene: "mala mujer" le gritaba todo el tiempo su madre y le pegaba sin compasión por cualquier cosa. Una vez le tiró un cachetazo a ella y le pegó a la beba. Catorce años y cargando su mocosa por todos lados. Y en el fondo la culpa no es de ella. Ese padrastro que tenía, tan respetado y ponderado por su madre, era un hijo de puta que la golpeó desde chiquita. Yo siempre pienso que la beba de Irene es fruto inesperado de una noche en la que escapó de la casa, como tantas veces, a buscar algo, cualquier cosa, a escapar de los gritos y las cachetadas. Como un pollo mojado se acurrucó en los brazos del primero que

encontró y el muy jodido se aprovechó de ella. Y allá está ahora, con la cola cosida, bruto vendaje y la olla vacía. A veces me pongo a pensar en estas cosas y me da rabia. ¿Quién tiene la culpa? Lo de Irene da pena. Es una linda gurisa. Ella siempre quiere ser prolija, siempre se cuida, pero se la traga la pobreza. Como que la pobreza y la mugre van de la mano, aunque no lo quieras. Porque si en la pensión no hay agua y los gurises mirá que ensucian... qué vas a tener una blusa limpia, ¿cómo te sacás las manchas del pantalón?... Ponés el primus en la tablita que improvisaste de mesa de cocina, y al ponerle la olla que siempre queda en falsa escuadra, ¡zas!, todo al piso y a llorar al cuartito... Y cómo querés que después una esté en la esquina toda arregladita, limpia y con olor a agua de colonia. Si vivís en esas condiciones es imposible. Uy, uy, allá anda la camioneta, ¡alerta roja! Mejor me arrimo al muro de enfrente por las dudas. Y ni un puto cliente con esta noche de mierda.

La verdad es que con un poquito de esfuerzo me podría haber quedado en la whiskería. Si no fuera por el Eduardo ese, ¿qué se cree?, ¿Rockefeller?, pocas chicas le aguantaban tantas copas como yo, pero siempre acosándome con más exigencias, con cambios de tarifa, celándome, pidiéndome parte de lo que le sacaba a los clientes. Un insoportable. Aquí, en la esquina, se acabó esa mierda. Yo no quiero bancar a un tipo de esos toda la vida. Si hay mujeres que lo hacen, allá ellas. Yo me banco muchas veces a los maridos de ellas, pero cuando yo quiero. Cuidar la libertad de una es fundamental. Y elegir con quién acostarse y cuándo y por cuánto... En cambio, la que se engancha con un fiolo se lo tendrá que bancar siempre. Además habrán tipos insoportables, que los hay, pero también hay otros "rebién" y educados. Allí el asunto es que si me empiezo a sentir bien con uno ya me escapo, le disparo. No puede quererte si te paga... Lo que tengo claro es que los fiolos no son para mí. Aquí en la calle tendremos miedo, porque todas lo sentimos un poco. La que diga otra cosa miente. Me encontraré con borrachos, con cualquier tipo de hombre y hasta con los que se creen que te pueden tratar de cualquier modo, agredirte y torturarte porque te pegan, te lastiman... Aquí habrá que bancar de todo, no tendrás la seguridad del bar, pero sos más libre. Te acomodás el trabajo a tus necesidades y a tu situación. Además en el bar tampoco la situación era moco de pavo, porque aunque le digas al patrón si un cliente se propasa y te golpea, no pasa nada. Jodete. Pero si un tipo se queja por cualquier pavada, la que vas a la calle sos vos. O suspendida o echada sin más trámite. Y a quejarse a Mongo. Pero el asunto es que esa libertad que busco ahora tiene que vérselas con este viento helado que se

me cuela entre las piernas, y los pelos todos enredados y las camionetas como fantasmas de la noche y el cliente escurridizo. ¡Qué opción! Me quedo con la libertad, por ahora. Quizás en otro local las cosas sean diferentes.

Pero la verdad es que las cosas nunca son fáciles para nosotras.

Dos

Llegó Marta corriendo y a las risas.

—¿Qué hacés ahí Miriam, en cuatro patas?

—¿No viste la camioneta? Prefiero zambullirme detrás del muro a pasar la noche en el calabozo otra vez.

Pero la camioneta no era para nosotras. Parece que los muchachos de la seccional andan atrás de alguien y siguieron por la diagonal hacia afuera.

—¿Me dejás quedarme aquí, Marta? La verdad es que hace un frío del carajo.

Con ademán de no hacerse problema y con una voz de profundo cansancio sólo comentó que “total, hoy no circulan por aquí ni los gusanos”. Marta tiene como algo de maternal para mí. No sé por qué, pero lo siento así. Nunca se lo dije. Es veterana pero todavía tiene físico y cuerda para rato. Y yo aprendo mucho de ella. Esa noche sin clientes charlamos y fumamos mucho en la esquina. Nos conocimos en la etapa del quilombo. Marta estaba sentada en su cama y conversaba con otra compañera. La verdad sea dicha que al principio me intimidaba por su pinta, sus poses, su experiencia. Me acuerdo como si fuera hoy. Estaba en sutién y un colaless rojo que cubría unos pocos centímetros de su cuerpo. Cuando pedí permiso para unirme a la charla hizo un gesto con la mano señalando la punta de la cama y me dijo: “¿Y por qué no?”. Hablaban entre ellas de la temporada.

—Pésima. Trabajamos sólo con los uruguayos, de la zona, de aquí, de Montevideo. Llegó alguno de Tacuarembó. Pocos extranjeros en este momento. Se ve que no hay negocios, no hay turismo de invierno

y los atuneros vienen poco en esta época. Antes venían muchos. La mayoría eran argentinos pero había también unos lindos brasileños. A veces caía algún americano con esos pelos rubios preciosos.

Yo estoy callada, me interesa escuchar. El quilombo está tranquilo a esta hora. Por el tenor de la charla me doy cuenta de que la otra no es compañera de trabajo. Es una periodista que le está haciendo preguntas. Soy una tarada, cómo no me di cuenta, ¿no ves su manera de estar vestida y de hablar? Por qué será que los periodistas nos miran como bichos raros. ¿No será que reflejan la curiosidad de toda la sociedad hacia nosotras? Nadie nos conoce, para todos somos una incógnita como seres humanos y como mujeres (¿seremos seres humanos para ellos?). Nos tienen como miedo, nos abordan con inseguridad, como si de repente no les dijéramos la verdad, como si les inventáramos una novela, o los mandáramos a todos a freír papas o a la mierda. Algunos periodistas adoptan poses y lenguajes estrafalarios. Otros se ponen en respetuosos. Otros parece que más que respeto nos tienen lástima. Pocos, es verdad, nos quieren ver como simples seres humanos. Últimamente, con todo eso de Amepu,* el sida y la propaganda, a cada rato vienen a entrevistarnos. Estamos de vedetes.

-¿Qué tipo de gente viene a este quilombo? Siguió preguntando la periodista mientras Marta, como cayendo en la cuenta de su desnudez, se puso una bata celeste encima. Con cara de paciencia y como ayudándola le contestaba en tono respetuoso pero monótono.

-Viene de todo. Desde el chiquilín que trae el papá y arregla la tarifa con nosotras para "que le iniciemos al nene", viene el joven que aparece solito, medio tímido y temeroso todavía, hasta el hombre mayor, con sus sesenta pasaditos.

-¿Hablan tus clientes?

-Algunos sólo monosílabos. Otros sí que hablan. Como que necesitan hablar. Los hay que dan la impresión de que sólo quieren eso, que acostarse es lo menos importante en ese momento. Pero se acuestan, claro. Para eso pagan. Y a los que hablan una los va conociendo por dentro. Generalmente los que hablan aparecen de nuevo. Y a esa persona, porque la escuchás, porque la atendés menos maquinalmente, le caés simpática y después viene siempre contigo. Te comentan de su familia, de lo que les pasa con su mujer, de los

* Asociación de Meretrices Públicas del Uruguay. Fundada a fines de los años ochenta este sindicato ha tenido diversas actuaciones públicas frente a organismos del Estado, otros gremios y la opinión pública en general.

problemas de los hijos, de la oficina, de lo que les pasa en ese momento, yo qué sé. De todo un poco. Y muchas veces el diálogo es totalmente natural, hasta a veces se vuelve ameno para nosotras en esta rutina. A veces una hace de todo un poco, de psicóloga, de madre, de consejera... A veces llega gente rara, muy complicada, y te das cuenta de que buscan un desahogo. Esos son los que más hablan de sus problemas personales del momento. Y estoy segura de que nos dicen cosas a nosotras que no se animan a decírselas a nadie. Así como también te piden que les hagas cosas que no se animan a pedirselas a nadie más. Ni a sus esposas. O quizás porque no tienen a nadie para decírselas o pedirselas. Que los comprendan, que los quieran escuchar. Y entonces –digo yo– hasta parecemos una madre superiora aconsejando a los alumnos. Y podemos hacerles mucho mal, podríamos destruirlos en ese momento, podríamos vengarnos de toda la carroña que por otro lado nos tiran encima. Pero yo que sé, en nosotras sale la madre, la ternura... Te da pena y al mismo tiempo como que querés hacer algo bueno en medio de toda esta mierda. El cliente que llega aquí con sus necesidades y sus problemas encuentra como una confianza, una libertad. Mirá, muchísimos en su relación sexual con su señora, por ejemplo, se tienen que limitar, nunca se animarían a pedirle lo que nos piden a nosotras. Yo estoy convencida de que si ellas, las señoras –digo– fueran menos mojigatas, más comprensivas, más libres con su sexo, nosotras tendríamos muchos menos clientes. Esta sociedad, la educación que reciben, parecería que les impide vivir su sexualidad con libertad y placer. Les parece que el sexo es algo sucio (y me imagino que por eso a nosotras nos ven como la última porquería, porque hacemos eso, eso que ellas consideran una chanchada) y entonces, lo que provocan es que el pobre hombre, nuestro cliente, se rebusque por otro lado y le sea infiel. ¡Pobres señoras! Yo pensé un día que sería hasta sano para la sociedad que pudiéramos reunirnos nosotras, las putas, con las señoras de la sociedad, y que conversáramos de todas estas cosas. Pero también pienso que sería como hacernos un poco el harakiri.

–¿Y qué cosas te piden a vos que no se animan pedir a sus mujeres?

–Y bueno –se ríe–, imagínate, todo tipo de cosas. Según la fantasía de cada cliente. Porque pocas veces se reduce todo al coito simple. Generalmente va sexo oral y –aunque menos– la relación anal, por ejemplo. Y lo que nosotros llamamos “oficio terminado”, que es sólo la relación bucal. Las otras cosas, el uso de aparatos, vibradores, consoladores, se piden también, pero no demasiado. Una descubre

en muchos clientes como una cierta tendencia homosexual un poco oculta, aunque nunca la quieren reconocer.

-¿Recibís muchos clientes por día?

-Y, depende. Un tiempo atrás hacía hasta veinte o veinticinco tipos diarios. Trabajaba en horario corrido desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana. Ahora estoy menos tiempo. Hoy atendí sólo a cinco clientes. Y fijate que está todo vacío, si no no estaríamos aquí sentadas las tres, tan campantes. Y es domingo. Antes dejaba buen dinero, ahora no. Fijate que cuando yo era gurisa, cuando recién empecé, trabajaban aquí hasta algunas extranjeras. Eso quiere decir que dejaba bastante. Ahora no sólo se fueron, sino que se van también las criollas. Y además de lo poco que sacamos, no todo es libre para nosotras, no te olvides que tenemos que pagar la habitación.

-¿Cómo es el sistema de la casa?

-Aquí la patrona pide que le pagues la habitación por noche. El que controla es un empleado, porque ella generalmente está en su casa (de su familia quiero decirte), y viene tempranito por la mañana, como a las cinco o cinco y media para cobrar.

-¿Sos casada vos?

-Fui. Ahora estoy sola con dos nenas. Una de dieciséis y la otra de catorce. Y fijate que me casé ya de veterana. Pero así son las cosas.

-¿Y lo saben ellas?

-Cuando eran chicas pude ocultarlo, pero ahora qué querés que haga. Ni Mandrake podría disimulárselo. Pero ojo, yo pienso que no hay madre que esté en esto que le guste decírselo a sus hijos. Después no tenés más remedio, porque llega alguna amiga de ellas del barrio y le comenta: Tu madre trabaja en tal lado, hace tal cosa y tal otra cosa, y chau. Se jodió todo y les hacés más mal que bien. Lo menos malo es que se enteren por nosotras mismas, y se lo decimos de la mejor manera posible, para que entiendan lo que casi nadie puede entender. Para las hijas pienso que el momento natural es cuando entran en la adolescencia, cuando se desarrollan, y tenés que hablarles también de otras cosas. Entonces metés todo junto. Para la que tiene un varón me imagino que será cuando él tenga necesidad de venir a un lugar como éste a desahogarse. Pero siempre explicarle a las niñas es más difícil para mí. ¿Será porque no tengo un varón? Yo que sé. Vivimos las tres en una pensión. Ellas estudian. Ahora es más fácil porque son más grandes y no tengo que pagar a alguien para que me las cuide cuando vienen de la escuela. Pero siempre estoy pensando en ellas. Y fijate lo que gasta una gurisa a esa edad.

Vivo para ellas. Es todo lo que tengo, lo más divino y lo más querido que tengo. Y paso preocupada por ellas. Quisiera que no les pasara nada. Hubiese querido ser otra cosa para ellas, educarlas de otra manera. Pero qué querés que haga. Gracias a Dios las gurisas son buenas. Dan trabajo, como todas, pero son buenas.

—¿Cómo te sentís haciendo esto?

—Como te podrás imaginar... bien no me siento. Ahora son muchos años, te acostumbrás, pero sentirte bien, nunca. Al principio sos joven, está todo el impulso de la necesidad, de que ganás tu platita. Pero después de cierto tiempo querés dejar. Y eso es complicadísimo. Porque hallar un laburo diferente, en el que ganes —no te digo una fortuna— pero sí lo suficiente para ti y tus hijas eso es una quimera. Y está lo otro, que los milicos, o la sociedad, o el sistema, o como quieras llamarlo, no te deja. Te lo impide por todos los medios. Para regenerarte, como dice la gente “bien”, tenés que aventurarte en un larguísimo camino de obstáculos y de ilusiones. Te explico: digamos que encontré un trabajo estable y bien remunerado. Digamos que hasta encontré un hombre bueno que se va a casar conmigo. Allí viene el lío. Tenemos que empezar por presentar una carta en Orden Público diciendo que no ejercemos más y estar un tiempo larguísimo sin ser detenida ejerciendo, a veces hasta dos años, entendiste, dos años sin ninguna entrada. Pero como nos detienen en cualquier parte, estés haciendo lo que estés haciendo, porque ya te conocen, y en compañía de quien sea y a cualquier hora, entonces qué hacés. Estás jodida. ¿Cómo salís de esto? Estamos como enjauladas en nuestro oficio, estamos como presas en vida. ¿Y cómo probás que no estás trabajando? Si nos levantan en cualquier momento. Ahí tenés, preguntale a cualquiera. La Elisa, el otro día, se comió calabozo de pura gracia. Porque se calentó con los milicos y les dijo de todo. Y entonces: “¡desacato!” Lo que pasa es que ella estaba en la feria, con la bolsa de la verdura en la mano y todo. Y la camioneta se la llevó, con el escándalo de todo el mundo y la dejaron re-pegada con el vecindario. Cualquiera sabe que ninguna puta va a salir a trabajar con su niño de la mano, con la bolsa de los mandados y hasta con el regalo para el cumpleaños del gurí. Pero te llevan. Yo misma, una vez vino mi hermana de Rivera y la invité a tomar un té en una confitería. Hacía años que no nos veíamos. Pues aunque te parezca mentira, me sacaron del local entre dos milicos. Imaginate la rabia y la impotencia. Ni grité ni nada. Ni miré tampoco a mi hermana, ni sé con qué cara se quedó sentada en la mesa ni cómo la miraron los demás de las otras mesas. Y no pienses que yo estaba vestida para “pararme”. Entonces, cómo querés que intentemos regenerarnos.

Tendríamos que meternos en un convento donde nadie nos vea por dos años. Y te digo todavía más. Si logramos pasar ese tiempo sin una detención, falta que Orden Público averigüe bien durante esa época que no estás ejerciendo. Y lo mejor que se les ocurre a estos milicos es ir al barrio y preguntar entre vecinos y amigos, cómo es tu comportamiento “moral” y si es verdad que ya no estás ejerciendo. Les importa un bledo si los vecinos sabían tu profesión o no. Y ahí quedaste escrachada para el resto de tus días en la pretendida “regeneración”. ¿Y cómo queda tu nuevo marido, o tu pretendiente? Más jodido que vos. ¿Y con el nuevo empleador qué pasa? Porque si por una de esas cosas pidió el certificado de buena conducta ¿qué sucede? Seguro que en la Policía le dirán que se demora porque yo ejercía la prostitución. ¿Te das cuenta?, si parece que todo está pensado para que ninguna de nosotras pueda salir de esto. Para ellos (y no sé si para muchos otros también) sos prostituta y chau. Tu pasado lo tenés ahí, colgado como aquellos judíos a los que los nazis les obligaban a llevar una estrella cosida a la ropa. Lo lindo es que ahora estamos en democracia. Para nosotras es peor que aquello que habían inventado los milicos de “libertad vigilada”. Además, yo digo, pero fijate si no es verdad: con este sistema que tenemos hasta el Estado y la Intendencia se convierten en proxenetas, porque bien que cobran todos los aportes a los locales para mantenerlos habilitados. ¿Y esa platita de dónde sale? Sale de nuestro trabajo, ¿no es así? Entonces el Estado es como un gran proxeneta. Yo digo, ¿no te parece?

TRES

El padre de Miriam tenía un rancho muy descuidado en la zona de la frontera con Brasil, cerca de Rivera. Hacía algunas changas en las estancias de ambos lados de la línea divisoria y completaba el magro presupuesto familiar con salidas a contrabandear y otros negocios. Nunca se supo muy bien su origen. Por su físico, medio rubio, de bigote grueso, parecía muy brasileño, originario de las colonias alemanas del sur, pero el portuñol delataba los años andando del lado uruguayo. Lo que sí estaba claro era que tenía conductas muy extrañas. El rancho siempre estaba rodeado de animales domésticos y algunas jaulas con pájaros. El padre no pocas veces le cortaba las orejas a los gatos y llegó también a cortarles la cola de un hachazo. Esto no llamaba tanto la atención a los vecinos como lo otro, cuando les cosía cintas de tela en la cabeza con alambre. Lo hacía de tal manera que no se las pudieran sacar, hasta que se acostumbraban tanto los bichos como los humanos. El padre de Miriam siempre se creía un personaje en la zona. Festejaba a carcajadas sus crueldades que a nadie podían pasar desapercibidas. Pero había algo que a Miriam nunca se le borró de su corazón. La enorme pena y vergüenza que le provocaba una manía grotesca que él tenía. No sólo en carnaval, sino en cualquier ocasión de fiesta, se vestía con las ropas de su mujer, se ponía dos limones en un sutién, enseñaba los pelos de las piernas y la hacía bailar y cantar a ella delante de las visitas. Generalmente armaba charutos en los que mezclaba marihuana. El rancho tenía sólo dos ambientes y un baño afuera.

Fue después de una de esas fiestas, mientras su madre ponía en orden las cosas de la cocina y los dos hermanos menores ya dormían en un mismo catrecito. Miriam, postrada y angustiada por la

abominable parodia, se fue a tumbar en su colchón que desplegaban en el suelo durante la noche junto a la cama grande. Había cumplido justo los doce años cuando su padre, borracho y drogado, se le metió en la cama. Ya otras veces el padre la sentaba en sus rodillas y ella notaba “algo” raro. Pero lo peor sucedió un día en que la madre y los niños fueron a Rivera para ver al médico en el Hospital. En esa ocasión él la violó no sin atarla previamente sobre la mesa y forzándola a tomar vino y a drogarse. Cuando volvió la madre, no se animó a decir lo sucedido. Los arranques de furia que su padre había tenido en ocasiones mucho menos importantes la disuadían de abrir la boca. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, cosa que no fue fácil porque sus reglas nunca se habían manifestado hasta esa fecha, la madre, sin mediar palabras ni explicaciones, se la llevó a Rivera y la hizo abortar. Poco después la mandó a Montevideo, a vivir con una tía medio inválida. Desde los doce años dejó de ver a su padre y odió a los hombres. Tampoco pudo hacer el amor en forma normal con un pretendiente que tuvo hasta que desembocó en la prostitución. Trató de estudiar pero no tuvo suerte. Sus interrumpidos tres años de escuela no eran suficientes para iniciar de nuevo los estudios. Entonces se puso a trabajar en una peluquería. Primero de limpiadora. Poco a poco se fue haciendo querer por la dueña que la inició en tareas sencillas, como una especie de ayudanta de peluquera. Pronto comenzó a peinar y cortar muy bien. Pero como eso significó desplazar a dos antiguas empleadas, tuvo que optar entre volver a limpiar o buscar otra cosa. Allí fue cuando una clienta de la peluquería le ofreció, para “independizarse”, trabajar en un cabaret, porque le gustaba bailar y se daba bien con otras mujeres. Miriam en realidad pensó que era también una forma de vengarse de los hombres. Y si la apuraban un poco, lo decía con toda naturalidad. En esa época del cabaret, salía poco con los clientes. Más bien se dedicaba a bailar con ellos y a las copas. De vez en cuando, aparecía alguno que se prendaba de ella y la cargoseaba para salir, le daba dinero para que se comprara algún regalito, ropa interior, o un par de zapatos.... Y ella agarraba los billetes que le metía en el sutién y se compraba caprichos. Alguna vez, con alguien que le daba lástima o compasión por encima de su aversión a los hombres, por la angustia o tristeza que creía descubrir, salía con él y se acostaban. Pero lo hacía como un extraño y profundo acto de caridad. Con uno se apiadó de tal manera que hasta llegó a hacerse amiga de su mujer para tratar de ayudarlo. La mujer tenía una tienda y se presentó allí para comprar algunas pavaditas y así consiguió hacerse amiga de ella, de su hija... Llegó el momento en

que intimaron, y hablaron del marido, y Miriam le aconsejaba cómo tratarlo “para que no se le fuera por allí” de aventuras... La pauta del éxito se la dio el hecho de que el cliente empezó a ir por el cabaret a intervalos cada vez más largos. De vez en cuando Miriam salía con otro cliente, quizás para olvidar la tristeza de éste. Muchos andaban detrás de ella. Su atractivo era evidente. Esos ojazos negros en medio de un rostro misterioso, pintado con puntillosa prolijidad. Y esas proporciones entre caderas y senos hacían imposible que pasara desapercibida. “Hay hombres que me persiguen, que me tienen cansada con sus propuestas –decía– para que me acueste con ellos.” Pero no le daba la gana... Finalmente enganchó por un tiempo más o menos estable con un bancario joven. Y si la cosa duró un tiempito, la única relación no pasó más allá de la cama. No pudieron establecer otro tipo de vínculo. Nunca un diálogo interesante, nunca un salir a pasear, hacer algo juntos... Nada. Todo se acabó cuando un día apareció embarazada sin saber cómo, porque las pastillas las tomaba religiosamente. El bancario desapareció.

CUATRO

En la madrugada el callejón parecía una boca de lobo y en la esquina con retiro apenas se recortaban las siluetas de dos chicas, alertas al movimiento de la calle, moviendo los pies enfundados en brillantes botas de cuero hasta las rodillas. Pero los muslos y el pecho estaban al aire y reflejaban una luz lechosa y mortecina que permitía ubicarlas a la distancia. Anzuelo y carnada a la vez para los clientes. Pero también regalo para la camioneta que esa noche andaba fatal. Elisa trataba de tranquilizar a la Polaca que decidió abandonar el prostíbulo de Pando y pararse en la calle.

—Porque el precio de la llave de la pieza está por las nubes, viste. La casera se lleva una punta de palos y el resto no te rinde para nada. Ya no se puede trabajar en prostíbulos. Está carísimo.

—¿Y no intentaste en otro, con otro dueño?

—¡Qué va! Si casi todos son milicos de los grandes, de los de arriba. Esos que nunca los ves pero tienen la cosa controlada. Y hablando de milicos, ¿cómo te tratan aquí? Porque reconozco que la ventaja del quilombo es que los ves de otra manera, no te joden tanto.

—Mirá, la cosa ahora está de nuevo jodida. Preparate para que te manoseen, preparate para correr de la camioneta y que no se te suban los humos a la cabeza y les digas algo, porque te jodieron. El otro día en la corrida perdí el zapato, les grité, les dije que me dejaran ir a buscarlo. ¡Qué va! Todos a las risas y que me joda. Les dije de todo. Resultado: ¡desacato! y al calabozo en bombacha y sutién cagada de frío toda la noche. Y para salir después, muchas veces, dale cargosearte y amenazarte que te tenés que ocupar con ellos si no... Y si no alojás se ensañan contigo. Ahí sí que ya no podés trabajar tranquila. Porque te marcan y te empiezan a llevar a cada

rato, a cualquier hora, en cualquier lado. Te vienen a buscar especialmente. O te agarran de mañana, cuando salís para los mandados o vas a llevar el botija a la escuela. Y estás jodida. Yo por eso trato ahora de mantenerme en el molde. Total, peor es andar de rebelde. No vale la pena.

—¿Cómo anda Profilaxis en el Maciel?

—Como en su peor época. Allí hay que tener suerte. Hay periodos que la cosa marcha pasablemente. Ahora te miran por arribita y chau. Parecería como que tienen asco de tocarte. Ni espéculos hay. Ellos dicen que ahora no hay material de laboratorio y por eso ni se preocupan de extraernos las muestras de flujo. Te miran la vagina (¿para qué, digo yo?) y la mitad de las veces ni eso, nos ponen en fila y nos estampan el sello y chau. Y te digo más. Hasta parece que traficaran con los VIH negativos porque el resultado se perdió, o te dieron el equivocado. O hay demoras que nadie sabe a quién atribuir, o si son varios en un día llevan sólo cinco para analizar y el resto los tiran. Total, parece que la salud es tan pública como nosotras, es decir —según la gente— una mierda. Y nosotras tenemos que ir a trabajar igual. Imaginate. La libreta la necesitás a pesar de todo, aunque sirva poco. De todas maneras los clientes aquí rara vez te la piden. Ayuda para el lio ese con los milicos, pero si fuera por los clientes la libreta es al pedo. La verdad es que muchas veces pienso que son suicidas. Aquí los únicos que las piden son los extranjeros. Y la verdad también que son los más educados. Yo trabajé en el Bajo y pensaba, como todo el mundo, que los extranjeros son jodidos. Que vienen esos coreanos, los de los atuneros, y que son esto y lo otro. Pero la verdad que mi experiencia me dice otra cosa. Los peores son los nuestros. Son una porquería. El extranjero te pide lo normal, paga y no crea problemas. Si está borracho se duerme. Pero los uruguayos son los peores. No sé si tu experiencia del quilombo es igual. Mirá (saca un seno del sutién y le muestra el pezón lesionado por mordeduras), acá tenés que bancar cualquier cosa. Y no te muestro más abajo porque en esta oscuridad no se ve nada.

—¿Y con el sida? ¿Tenés que pelearla para que acepten el preservativo?, porque allá afuera todavía lo siguen rechazando. ¿Vos no tenés miedo?

—Mirá, más miedo le tengo al hambre de mis hijos. Joden con eso del sida en todos lados ahora. Pero por qué no se gastan esa plata en darnos un techo digno y comida. Sería bárbaro. Ya no tendríamos que estar aquí paradas, salir a yirar como unas desgraciadas. Y todo sería gracias al sida bien entendido. Y además se acabaría eso de que somos nosotras las culpables de la peste. Viste, ahora somos

“población de riesgo” para Salud Pública y para esos del Programa Nacional contra el sida. ¡Qué macanudos! Riesgo para nosotras... Porque lo que hay, creo yo, son “conductas de alto riesgo”, conductas suicidas, las de ellos, que no saben nada y que no quieren preservativo ni con un cañón en la sien. ¿Quién nos contagia a nosotras? ¡Ellos! Y siempre a nosotras toda la culpa. ¿Y ellos? Son un peligro público. Pero para la gente de Salud Pública son los señores, y nosotras siempre las putas de alto riesgo.

-¿Quién te cuida los nenes ahora?

-Me arreglo con otra compañera. Nos turnamos y tratamos de que estén lo mejor posible. Además una de mis gurisas ya es grande. Hace el liceo. Los que me preocupan son los varones. El otro día me preguntaba una asistente social que andaba visitando el barrio para no se qué programa del gobierno si mis gurises sabían que soy puta. Claro que saben. Pero lo que me da bronca es que lo único que les preocupa es si los niños saben o no ¡y qué barbaridad!, ¡que pobres niños...! y mil otras pavadas. Pero no se dan cuenta de que si hoy pude comer y ellos también es porque soy cuidadosa con “la merca” y me da para parar la olla. Y si no la cuidara, así como me ves, habría cuatro bocas que parí que las tendría que alimentar Mongo, o el Estado mejor dicho. Si en esta democracia de mierda yo no cuido mi laburo, mis guachos andarían robando por ahí. No se les ocurre ver que si están bien, si son gente de bien, si estudian y laburan es porque, gracias a Dios, yo los puedo bancar con mi trabajo aquí en la calle. Tampoco se dan cuenta, por mucho asistentes sociales que son, que yo también estuve un día enamorada de alguien, el padre de mis hijos. Y que ahora ya nunca podré ser una señora de bien. Que ya estoy marcada para siempre. Que estoy condenada a vivir el resto de mi vida. Y que tendré que bancarme, para defender la dignidad de mis hijos, a cuanto borracho e hijo de puta anda por allí, que te muerde, te patear, te obliga a hacer todo eso que vos sabés bien...

-¿Y tus hijos se llevan bien contigo?

-Mirá, la verdad que sí. Me extrañan mucho. Aquí en la calle, ya verás, hay que laburar mucho toda la noche. Dormís poco de día si querés verlos un ratito. La verdad es que estoy poco con ellos.

Un auto se acerca, aminora la marcha con los focos bajos encendidos y desde la ventanilla una voz de imberbe dirigiéndose a Eli sa-que da vuelta el rostro y trata de secarse las lágrimas- pregunta por la tarifa. La Polaca se adelanta a la ventanilla, pero es recibida con un “¡no, quiero con la otra!”.

CINCO

Miriam, desde que supo que estaba embarazada y sola, no quiso hacerse un aborto como le aconsejaron algunas amigas. Ya tenía uno encima cuando su madre ni le dio pie para optar. Ahora era ella la que decidía. “La vida es la vida”, se dijo. “Por algo nos dicen mujeres de la vida. Y yo voy a defender esta vida que no tiene la culpa de que se haya originado así. En el fondo tampoco tengo la culpa, que se vayan todos al diablo. Desde hoy, esta mujercita de la vida defenderá la vida, contra todos los que rajen.”

Se decía a sí misma estas cosas como para convencerse y tragar saliva para lo que vendría. “Lo primero será pedirle a Mabel que me deje acompañarla y compartir por un tiempo su pensión. Creo que entre las dos nos podemos ayudar.” Juntó sus pocas pilchas y allá fue. Se presentó en la puerta con su bolso. Mabel leyó todo en su cara y sólo le bastó decir: “Pasá, dejá el bolso en ese catre de las gurisas y tomate un café conmigo”. La pieza de pensión en la que vivía Mabel estaba repleta de cosas. Un solo ropero, cajas de cartón con ropa y cosas de las gurisas. Unos posters en la pared con un Jesús rosado y de perita rubia, medio desteñido, junto a otro de los Beatles y sobre la cama de una de las chiquilinas uno con cara conocida pero que Miriam no pudo identificar. El olor clásico de una pieza donde se cocina, se lava y se hacen todas las otras cosas de la vida, le trajo a Miriam un sentimiento de hogar, siempre agri dulce porque era hogar ajeno al fin y al cabo. Pero hogar protector para ella y una perspectiva de que el embarazo podría desarrollarse normalmente. A los pocos días ya se sentía como en su casa y la nueva rutina cotidiana hasta le entusiasmaba.

Una madrugada fría de otoño se encontró con Mabel levantada, su cara apenas iluminada por una lamparita de 25 w, sucia por las emanaciones de la olla sobre el Primus y las moscas, y como con una angustia que le venía desde las entrañas, desde el fondo de su historia más íntima. “¡Qué cara mujer!, parece que venís de la guerra. ¿Te pasó algo?, ¿te sentís mal? Te voy a preparar un café. Tomá, –tirándole la cajilla de cigarrillos sin abrir– fumate uno de estos rubios y calmate.” Miriam pensó que Mabel necesitaba hablar con alguien, desahogarse, poner toda su historia sobre la mesa ante una amiga, para asumirla, para ordenarla, para compartirla en paz. Le facilitó las cosas con un: “vení, contame qué te pasa y tranquilizate”.

Miriam, vos no me conocés. Vos sos buena y querés escucharme. Pero mi historia no es una novela rosa. Es como una enorme espina en el corazón y de vez en cuando me la tengo que sacar, al menos contándola a alguien. Porque ni a mis hijos se la conté bien. Y me digo si valdrá la pena como para que alguien la escuche. No quiero amargar a nadie. Ya bastante tengo con bancarme a mí misma. Mabel hablaba con la voz estrangulada, como tratando de dominar un temblor de llanto permanente. Miriam tenía que hacer un esfuerzo para seguirla porque esa voz a veces se convertía en un susurro imperceptible, muchas frases se perdían ahogadas en un sollozo quebrado o en silencios tensos que destilaban profunda amargura. Miriam le tomó cariñosamente la mano como para darle ánimo. Por momentos le pasaba un pañuelo y finalmente se levantó, puso su silla junto a la de ella y la abrazó en silencio mientras Mabel se desahogaba.

Me crié como quien dice, porque Dios dijo que tenía que criarme. Mi primer dolor grande fue cuando tenía cinco años. En la escuela, una maestra, no sé, pienso que lo hizo inconscientemente, dijo que yo era huérfana. Hasta ese momento yo no sabía ni lo que era ser huérfano, ni que yo lo era. Había creído lo que me decían, que mi madre viajaba y que algún día iba a volver. Al llegar a casa pregunté, y como un papá tenía, me di cuenta de que era huérfana de madre. Ese fue el mayor dolor de mi vida sin saber que después vendrían otros. A partir de ahí, sentí cada vez de manera más imperiosa la necesidad de tener a mi madre cerca. Quizás no me hubiesen pasado muchas cosas de haberla tenido. Mi padre decidió que me iba a encerrar en un colegio y me llevó. Me visitaba poco. Un día me escapé y fui a verlo, y él volvió a entregarme. Se había casado y mi madrastra

no quería tenerme con ellos. Yo no lo juzgo, porque es mi padre. Volví a escapar del colegio y fui a la casa de una amiga. Ahí empezó todo. El hermano de mi amiga me dijo que ella no estaba, que estaba cuidando a una señora que estaba enferma, que me había dejado dicho que fuera. Yo fui y él me acompañó. Cuando llegué no había tal señora, sólo había un señor. Me hicieron pasar, me dijeron que la señora había ido al médico con mi amiga, que esperara un momento. Al rato, el muchacho dijo: "la plata, que me voy". Nunca voy a olvidar cuando dijo eso. Me estaba vendiendo y yo no me daba cuenta. Tenía diecisiete años. Cuando él salió, yo quise salir con él. El señor dijo que no iba a pagar por mí si yo me iba. Quise gritar, quise correr, pero ya era tarde. Me tuvo allí, secuestrada, me tomó como su mujer por la fuerza, me castigaba y se me formó un trauma... Sentía que no servía para ningún hombre más, porque... después un psicólogo me dijo que yo había quedado traumada porque él me obligaba a tener contacto sexual a fuerza de golpes. Dijo que me traería a Montevideo. Yo le pedí que me dejara libre, que yo no diría nada. Pero él me dijo que lo tendría que haber pensado antes de ir a una casa donde no conocía a nadie. Él había preparado documentos falsos, con una edad mayor, de la que todo el mundo debía sospechar, porque mi cara no decía que tenía veintitrés años. Me trajo a Montevideo, a mí y a otra muchacha más. Me quiso obligar a hacer la calle. Yo no sirvo para eso, no sé, no me gusta, tal vez me da vergüenza. Entonces me castigaba porque no le traía dinero. Combinamos ayudarnos con la otra chica, porque ella tenía una hijita y no tenía a nadie. Podía sacrificarme un tiempo más. El primer momento fue una furia terrible, me castigó horrores. Es increíble lo que puede hacer un hombre de esos. Después me llevó a Bolivia. Allí tuve suerte, en medio de mi desgracia tuve suerte. Las leyes de Bolivia son distintas, y él me llevó a una casa, donde funcionaba un cabaret, donde no podía vigilarme. Entonces me confié a la patrona del cabaret, le conté la verdad y ella me ayudó a escaparme, junto a otra muchacha argentina, mayor que yo. Además yo había encontrado una carta entre los papeles de él, que no recuerdo muy bien, pero sé que en una parte decía que si era verdad que yo era tan joven, si era verdad que mi cuerpo podía dar tanto a ganar, que me llevara a Venezuela, que el que escribía estaba dispuesto a pagar en dólares por mí. Si hasta ese entonces había sentido necesidad de escaparme, más desesperación tuve en ese momento. Al fin lo pude hacer y volví a Uruguay... Trabajé de sirvienta, en una bodega, en una barraca. Cuando estaba embarazada, anduve muchas veces caminando por las calles sin tener qué comer. Pero me sentía mejor

nal que en ese ambiente, horrible, que no sé cómo explicar. Mi organismo se resistió también en esa vida. Hoy tengo treinta años y tengo ochenta operaciones en el vientre. La culpa de esas operaciones pienso que la tiene la vida que me tocó vivir. Hoy quiero y necesito salir adelante. Ruego a Dios que nunca tenga que volver a ese ambiente. Es denigrante, terriblemente denigrante. Por momentos pienso que no debería levantar la vista, y a veces pienso que sí, que tengo que mirar de frente, porque fui valiente para escapar de eso... Yo ahora quiero recibirme de modista, volver a empezar y ganarme la vida con eso que estoy estudiando. A veces pienso que a mi edad estudiando... pero cuando estudio me siento más joven, siento que recién empiezo a vivir. Yo lo que quiero es paz, y poder darle a mis hijos, que son el premio que tengo, la alegría que Dios quiso darme después de tanto dolor, poder darles el hogar que soñé para mí.

Mabel se había fumado tres cigarrillos de la cajilla que tiró Miriam sobre la mesa mientras hacía su relato. El tiempo le había pasado sin darse cuenta. Hacía frío y se levantó para activar el primus y calentar un poco de agua para hacer más café. Miriam no la miraba. Había escuchado atentamente, como queriendo sostenerle el corazón en su mano. Mientras Mabel hablaba ella se acordaba de otras historias tan o más tristes que la de su compañera. Como el caso de Marga, a quien, con toda su ingenuidad se la llevaron para España. Quizás si le contaba algo de esto la ayudaría a no sentirse tan sola en su desgracia. Pensó que compartir desgracias es una forma de no sentirse tan sola. Pero dudaba de hacerlo, porque también podría multiplicarle la pena. Todas esas cavilaciones se agolpaban en su mente mientras recordaba nítidamente el relato –paralelo al de Mabel– que una vez le había hecho la pobre Marga.

Como casi todas las sudamericanas había ido a parar a uno de esos lugares que llaman plazas, es decir, una especie de hoteles en los que las hacen trabajar encerradas durante unos veinte días. Luego, durante una semana –que procuran que coincida con la menstruación– les dan un descanso y las pasan a otra plaza. Marga le explicaba que esa rotación como en una especie de calesita en realidad era para brindar variedad a los clientes. Ella nunca veía la plata porque lo recaudado se guarda en una caja fuerte de la plaza y se la entregan al marido cuando pasa a buscarla al final del periodo de los veinte días. A ellas, el cliente sólo les entrega una ficha, un pase, que compra en la portería. Entonces cuando llega el marido, examina cómo anduvieron las cosas y premiará o castigará a sus mujeres según haya sido el rendimiento y el comportamiento. Pero el que nunca tiene nada que perder y el que se lleva todas las

ganancias siempre es el marido. El problema para Marga eran las dos cuñadas, las otras mujeres que trabajaban para su marido, porque ellas siempre trataban de hacer buena letra, de hacer méritos y conseguir más premios, algún día extra de descanso o de paseo. Además le tenían celos y le hacían la vida imposible porque ella era más linda y les sacaba muchos clientes. Para colmo, el marido siempre le exigía más a Marga que a todas las otras. La amenazaba. Le había quitado sus documentos. Las otras mujeres y el marido la basureaban constantemente, la denigraban, se reían de ella cuando pretendía salvar algo de su dignidad. Marga para el marido era una cosa, una máquina de hacer dinero que se ponía en funcionamiento a las cinco de la tarde y no paraba hasta las tres o cuatro de la mañana. A él le importaban un carajo las diez u once horas de trabajo, sino la cantidad de pases que lograba en ese período. En los días malos hacía unos cuatro o cinco, pero los fines de semana llegaba hasta quince o dieciséis. Y se sumaba la tensión de ayudar a la pobre salvadoreña que estaba destrozada y había comenzado a comprar chocolate (marihuana) para soportar todo. Nadie la quería ni la apoyaba. Allí era la ley de la selva, cada una para sí y sálvese quien pueda. Pero Marga siempre trató de que no derivara a las drogas más pesadas. Aunque un día le perdió la pista y no supo más de ella. A Marga la obligaban a aceptar cualquier tipo de cliente, cosa que el marido no hacía con las otras y había dejado indicaciones bien precisas a la patrona. Por eso Marga trataba a los más brutos y pobres. Pero, dentro de su pobreza, tenían algo de humano. Eran generalmente sevillanos acostumbrados al trabajo manual, o pescadores que venían de Málaga. Tenían en común, quizás porque sus mujeres se negaban a ello, el pedir relaciones orales. “¿Me deja besarle el coño?”, le pedían con cortesía y respeto. También le tocaban los marroquíes y otros africanos que eran discriminados por las otras chicas y por la sociedad española. Quizás por el olor, o porque eran pobres laburantes manuales, barrenderos de calles, albañiles, peones de fábricas... Muchas veces le pedían relaciones anales, algo distinto... y lo hacían en una mezcla de castellano con árabe o francés. Y cuando Marga les decía que eso no estaba previsto en el pase, ellos preguntaban con cierto gracejo humilde: “¿y cuántos polvos están previstos en la ficha?”. Pero lo que generalmente pasaba con los pobres es que estaban tan nerviosos y ansiosos, que se corrían desde que cerraban la puerta, o mientras Marga los lavaba. Cuando pasaba eso, la norma es que se da por cumplido el servicio y que deben irse. Es lo que hacían todas las mujeres, pero a Marga le daba lástima de ellos, al verlos sufridos y trabajadores de duras y

largas jornadas para hacer algunas pesetas y mandárselas a sus familias, por eso les daba siempre otra oportunidad que muchas veces no llegaba a ocuparla porque con el mero roce de su piel ya se corrían nuevamente de lo ansiosos que estaban. Con el pasar del tiempo en estos menesteres a Marga se le fue haciendo amarga la vida. Su marido le exigía cada vez más. Empezó a acortarle el ciclo de descanso después de los veinte días. Llegó hasta a hacerla trabajar en plena menstruación. Estaba literalmente presa en vida. Se había convertido en una máquina de sexo. Lo que a ella más le dolió fue cuando el marido ni le permitió que saliera de la plaza el día que recibió una carta de su madre –quien creía que estaba empleada en una tienda de cosméticos– diciéndole que estaba muy enferma y que quería que al menos la llamara por teléfono. Extrañaba todo de Uruguay, estaba en una soledad total, se sentía encarcelada, usada. Empezó a llorar todos los días desconsoladamente. Y la cosa se le hizo tan insoportable que comenzó a tramar su fuga. No le fue fácil. Tardó seis meses en lograrlo. Nadie debía enterarse de lo que planeaba porque ese hubiera sido el fin. Y era una carrera contra el tiempo. Sentía además, que estaba totalmente despersonalizada, que ya ni se reconocía a sí misma. El clima de vigilancia y de amedrentamiento era permanente y opresivo. Como debido a su deterioro físico y psíquico había empezado a rendir menos, en castigo le quitaron todo posible “alivio”. Le sacaron la radio para que no escuchara música ni noticias. Le sustrajeron un pequeño álbum de fotos que tenía de su familia. Le abrían las cartas de su madre y le controlaban las que ella escribía porque ellos mismos las llevaban al correo y exigían que las entregara con el sobre abierto... Finalmente logró a tiempo su propósito. Consiguió, por medio de una empleada que conocía a una monjita, el dinero para el pasaje. El pasaporte falso que le retenía el marido lo pudo recuperar sobornando a una de sus cuñadas que lo robó, por unas cuantas pesetas, del cajón donde lo tenía escondido, una noche que se acostó borracho con ella.

Miriam le dijo a Mabel que haría bien si intentaba dormir un poco, que le calentaría un tesito de yuyos y que se abrigara bien. Mientras la atendía y la mimaba con el gesto de ponerle una colcha extra sobre la cama, en la cabeza de Miriam revoloteaba una historia todavía más triste y sórdida de trata de blancas.

Nunca había podido olvidar el relato de Mariela a su regreso de Italia. Siempre le estuvo tan agradecida porque la salvó de caer en

la misma trampa una vez que anduvo muy tentada de ir a trabajar allá. Y sabía qué fácil es ir.

“Te arreglan todo. Para el pasaporte no hay problema. Siempre en Jefatura, pagando lo necesario, hay alguien dispuesto al negocio. El certificado de buena conducta se arregla en la Técnica. El tipo que está combinado con los otros te avisa cuándo tenés que ir y para ese día tu expediente está limpio. No se sabe qué hacen los locos pero sacan los papeles de tu carpeta. Después no sé si los vuelven a poner, pero la cosa es que cuando vas todo funciona como sobre rieles. Pero después allá, con los tanos, es otro el cantar. Porque la manera de trabajar es muy distinta a la nuestra aquí. Tenés que ir con el tipo que te arregló todo y después hay que adaptarse a una modalidad que es terrible para nosotras. Porque las tanas están bien cuidadas por sus hombres, pero a nosotras, las sudacas, nada. Estás en la calle y pasa tu hombre cada tanto dando una vueltita para ver si estás. Nada más, porque dicen que también tienen que cuidarse de los carabinieri, que allá son terribles para ellos, los reprimen más que a nosotras. Porque generalmente corre también la droga entre ellos. Además, en este negocio hay mucha rivalidad, hay mafias, y no se andan con chiquitas, andan a los puntazos y a los golpes. Porque están los tanos pero están también los yugoslavos, que es una rosca brava, que son de gatillo fácil con la metralleta. Y viene lo peor porque quedás totalmente a la intemperie, sin protección alguna. El tipo te sirve para conseguir la parada, porque si vas a buscarla tú sola es imposible porque las mejores las tienen siempre reservadas las tanas, y si te querés meter en alguna de ellas, despedite... Y ellos, aunque no te vean, saben perfectamente lo que da cada esquina y no hay forma de engañarlos. Saben el promedio de viajes que hacés por día en cada zona o en cada parada. Todo depende de si trabajás en máquina o en hotel, como dicen allá. Yo trabajaba en el auto. Es algo que aquí no se hace. El tipo viene, estaciona en algún lugar oscuro y apropiado, y lo hacés en el auto. No vas al hotel. Se hace en plena calle. Aunque pasen personas caminando por tu lado. Una noche yo estaba tranquila en mi parada, recién había pasado mi tipo en auto y yo le hice señas de que andaba todo bien. Apareció un bruto auto último modelo, con un rubio del que no me puedo olvidar más. Arreglo el precio, subo y lo llevo al coupe, detrás de una estación de servicio. El apagó el motor y cuando yo me agacho para sacar el preservativo y me empiezo a preparar, me da un empujón, me agarra de los pelos y sale otro tipo del asiento de atrás. Me ponen una pistola en la cabeza y así arrancaron a toda velocidad y me llevaron fuera de Milán. Entonces me violaron.

Además me revisaron todita, hasta adentro de la vagina, para ver si tenía plata encanutada en algún lado y después me tiraron para fuera del auto y me dejaron allí, en un camino vecinal. Ni idea de dónde estaba, muerta de miedo y llorando de rabia. Y esto pasa en las paradas de las sudacas. Los tanos se aprovechan de nosotras. Con las tanas no pasa eso porque están bien protegidas. Yo sufrí muchas rapiñas de ese estilo aunque me cambiaron de parada pila de veces. Llegó el tipo en el auto, vas al ocupe y te das cuenta de que el sujeto saca el revólver... Aprendí que lo mejor es dar la plata, porque la cosa no es para andar pavoneándote. Te llenás de rabia y llorás. Pero al poco tiempo te acostumbrás y siempre volvés a pararte. En invierno el frío es terrible. La nieve te obliga a andar de botas con suela de goma para no congelarte. Te roban, te lastiman. Y si querés escapar, los cafiolos te buscan, te persiguen hasta encontrarte y te dan una buena paliza ejemplar, que te saca todas las ganas de intentarlo de nuevo. Al fin tuve suerte y pude zafar y volverme, después de todo no ganás en liras pero aquí la cosa es más tranquila..."

Miriam se metió en la cama pensando qué significaría "suerte" para ellas.

SEIS

Todo era rutina para Miriam en esa época. Pero parte de su rutina en realidad era insólito alboroto para quienes no frecuentan "su" noche. Porque esa madrugada, el pequeño y gordinflón borracho le había pegado en la cabeza a un coreano con una botella de cerveza, que luego rompió contra el borde de la mesa y con el pico en la mano en un gesto amenazador, se abrió paso a los tumbos entre los parroquianos embotados de humo y alcohol procurando la puerta. Apenas se perdió entre las sombras de Juan Carlos Gómez, trastabillando hacia la rambla portuaria, algunos clientes se volcaron maquinalmente hacia el coreano para llevarlo al baño y meterle la cabeza bajo la canilla de agua fría. La encargada, una pelirroja rellenita con algunos quilos de más, procuraba tranquilizar el ambiente y hacer como que allí no había pasado nada. Ofreció a la mesa de los coreanos una vuelta gratis de cerveza e hizo señas a las muchachas para que redoblaran sus zalamerías físicas con los parroquianos. "Así ganamos todos y evitamos un desastre" pensaron casi todos. Al rato volvió el herido sosteniendo un algodón empapado en agua oxigenada y pidiendo un whisky con gesto de resignación. Miriam pensó que iba a salvarse de ir a la cama con él esa noche mientras el dolor de cabeza no se le aliviara. La patrona, extraña mezcla de vecina bonachona de barrio y de versión usada y gastada del término medio de sus pupilas, se conformaría con que le hiciera tomar al coreano las copas reglamentarias. Miriam se había acostumbrado a no tomar demasiado bautizando sus whiskies o pidiendo una infusión de té y agua azucarada parecida al vermut. El diálogo había que entablarlo aunque no se tuviese la más remota idea de cómo decir ni "buenas noches" en coreano o japonés. En

inglés salían algunas palabritas. Pero lo esencial se dialogaba con gestos y miradas, risas y exclamaciones, algunas tocaditas y besitos... Todo un arte para ensamblar el castellano con las lenguas más exóticas. Las mujeres, en poses aparentemente descuidadas pero muy medidas para el éxito de su trabajo, actuaban maquinalmente. Un disco gastado de Los Wawancó ambientaba el salón lleno de humo. Miriam ya estaba baquiana porque sabía bien que los coreanos son enamoradizos y siguen a las chicas toda la noche y todo el día mientras están en tierra. Sabía también que no pocas inexpertas habían caído en la pavada de juntarse con alguno de ellos. “¿Para qué, digo yo? Para complicarse la vida y terminar en la misma miseria.” En este bar Miriam cobraba una pequeña comisión por cada copa que lograba hacer pagar al cliente. Lo demás, si salía con él, iba por su cuenta. Eso sí, la gorda les exigía a todas un mínimo de cuatro copas antes de salir. Mientras un coreano la abrazaba y avanzaba su mano hacia el costado de su seno, Miriam miraba como pensativa a Sandra, sentada en frente, en la misma mesa, con otro coreano que parecía muy amigo del cargoso que ella tenía a su lado. Se cruzaron las miradas y Sandra le sonrió con picardía.

Sandra es de Minas, fue a la escuela primaria y después hizo la Industrial hasta los dieciséis años. No sabe por qué dejó de estudiar pero todas pensamos que fue simplemente porque no le gustaba. Entonces se quedó en su casa cuidando a un hermano menor mientras su madre trabajaba de limpiadora.

“Vivía encerrada –le contó un día a Miriam en un rincón del bar antes de la llegada de los clientes–, en aquella época me gustaba un muchacho pero a mi madre nunca le gustó ni me permitía salir con él, ni verlo siquiera. Me rezongaba y me gritaba todo el día. Mi vida se había hecho súper difícil. Y no tanto por el encierro y el trato de mi madre. No puedo olvidar esa época.” Mientras Sandra se lo contaba su rostro cambió totalmente, se llenó de angustia, de dolor y de bronca. Un cigarrillo de Miriam la ayudó entonces a romper el profundo silencio para que le dijera lo que no había contado a nadie.

“Bueno... , fue ese muchacho que yo tanto amaba quien me hizo mujer. Yo era prácticamente una niña. No había cumplido diecisiete años pero no sabía nada de nada. La ingenuidad total. Un día me escapé de casa mientras mamá estaba en el trabajo y cuando caminaba tranquila por la plaza tomando aire, de pronto para un auto al lado mío. Era él; me pide que suba, que me lleva a dar un paseo. Yo pensé que no estaba mal, que para eso había salido de casa. De ahí en más todo fue una pesadilla horrible. Llegamos hasta

un parque bastante lejos del centro, y allí conocí lo que es la brutalidad de un hombre. Mi virginidad, todo quedó entre las manchas de sangre y el pasto amarillento de otoño aplastados por nuestros forcejeos. Ya nunca más me abandonó la vergüenza. Quemé la bombacha para que mamá no la viera. Me quedé callada y nunca pude hablar de esto con nadie. Desde ese día planifiqué mi huida de casa. No soportaba más a nadie, ni a las paredes, todo me agredía, se me asociaba con lo que me pasó... Mi relación con todos ya no podía ser la misma... Y empezó un vía crucis, como esos que hacíamos en la parroquia de Santa Rita durante la Semana Santa, pero yo era el Jesús. Me vine a Montevideo. Aquí anduve rodando de mano en mano. Después pasé a otros departamentos del Interior. Me pudrí de pasar mal, de cagarme de frío y de chiflarme la panza de hambre. Cuando agarraba algún camionero tenía comida y calor por un rato. Pero la vida en la calle es horrible, no es para mí. En realidad no es para nadie, ni para los perros. Un camión me dejó en la frontera. No me animé a pasar del otro lado. Conocí a un muchacho de Río Branco y nos juntamos. Anduvimos así unos pocos meses, pero de él me quedó un hijo y mil problemas más como consecuencia. Y allí me tuve que quedar. Frecuenté los bares en busca de algún cliente para sacar unos pesos. Me vine otra vez a Montevideo con el dueño de un cabaret... Nunca antes había trabajado en un cabaret. Yiraba en la calle y frecuentaba algún bar de frontera. Nada más. Pero ahora la perspectiva era poder tener casa y comida asegurada. Encontrar a alguien que se preocupara al menos un poquito de mí. Cuando nació mi hijo se lo dejé a mi hermana mayor que también vive aquí en Montevideo. Yo no tenía condiciones para tenerlo conmigo haciendo esa vida. Además tenía miedo de que alguien me denunciara y me lo sacaran. La separación de mi hijo fue traumática. Es como si me hubiese arrancado yo misma las entrañas y se las entregara a otra persona, por más que fuese mi hermana. Gurisa y todo, aunque plenses lo que quieras de mí, una es madre... y lucha hasta lo imposible por darle todo a su hijo. Pero yo no pude. Y no quise que encima de todo mi hijo terminara odiándome para siempre. Ahora, así como me ves, estoy tranquila, estoy mejor. No es que me sienta contenta, que me sienta bien, estoy mejor que antes. Cuando hay movimiento trabajo bastante, ¿viste?, pero me siento como envejecida en pocos años. Y más cuando llegan mujeres nuevas a trabajar y los clientes las prefieren. Me da mucha bronca. Me doy cuenta de que me gasté en poco tiempo. Querría salir de esto si alguien me ayudara. Creo que todas querríamos si somos sinceras ¿no te parece? Quizás eso explica por qué las mujeres de cabaret tenemos amantes por lo

general. No soportamos estar solas. Además buscamos a alguien que no permita que nos pase lo peor... Vos sabés bien lo bravo que es este ambiente, aguantamos demasiadas cosas. Con nuestro amante podemos desahogarnos, llorar..., charlar de cosas sencillas, respirar un poco. Nunca me acostumbro a esa rutina de todas las noches que no pregunta si tenés ganas o no, si estás preparada o no, si te duele la cabeza o no. Es bravo aguantar por dinero cualquier animalada, cualquier grosería, que te humillen... y a todo sí, sí, más, más... Porque claro, una es puta y chau. Gracias a Dios que mi hombre me respeta. Nunca me puso la mano encima ni me sacó dinero. Yo eso no lo entiendo en las otras compañeras. Yo, si necesita dinero y tengo algo, se lo doy. Pero nos respetamos. Las mujeres que tienen un hombre que las golpea, que les falta el respeto y les afana el dinero son unas pobres tipas. El hombre que no te quiere, te trata mal, te humilla, te usa, vive a costillas tuyas. El amante es una cosa diferente. Te tiene que gustar, te tenés que sentir bien con él. Tiene que ser un amigo en tus tragos amargos. Cuando terminás la noche te vas con tu soledad terrible a encontrarte con él para sentirte protegida, atendida por alguien, hacés el amor con él y es como si te sacaras toda la carroña que te deja el cabaret. Te recostás en la cama y charlás, le contás tus cuitas, tus sufrimientos, tus humillaciones, que aunque somos putas las tenemos igual, ¿no te parece? y peor que cualquier señora respetable. Hay muchos problemas con los amantes, claro: celos, peleas, egoísmos, pero ¿quién no los tiene? A ver, ¿qué dicen las señoras de sus maridos? ¿Todo color de rosas? No. Y si llega el momento del no va más, habrá que separarse, pero podés siempre empezar de nuevo. Lo importante es que haya una relación verdadera con el amante. El dinero es lo de menos. Hoy lo tenés y mañana no. Pero una buena relación con alguien es impagable. Yo hasta pienso que podría sostener a un hombre con mi dinero si hay cariño y comprensión de por medio, tanto en la cama como afuera. Y mirá que la cama es importante para nosotras ¿eh? Pero más importante que la cama y el dinero es que el tipo te quiera, que sea buena persona contigo. Yo así no tengo problema de pasarle dinero. Al fin y al cabo el dinero es la mierda que nos ha metido en esto."

Miriam lee en los ojos de Sandra que si pudiera expresar un deseo no podría ser otro que salir cuanto antes de esa vida y vivir tranquila con su hijo. Por ahora, cada vez que deja atrás el ambiente de humo y de música de bolero cursi y traspasa la puerta iluminada por la lamparita roja, es siempre con un cliente. Todo tipo de clientes, extranjeros, viudos, casados, jóvenes estudiantes... que buscan en

el cabaret lo que no consiguen en otro lado: hacer algo diferente en la relación sexual. Los viejos quieren algún tratamiento especial, algunos casados otras cositas... Los jóvenes, en general, sexo normal. Y hablan. Hablan bastante –los criollos, claro– de sus cosas, de sus problemas, de su mujer, sus hijos, del problema con el patrón en la oficina, la deuda que tienen en la compañía de crédito, ¿qué se yo!

SIETE

El taller de costura de Amepu estaba tranquilo y desierto cuando Juana se presentó en la puerta de la Asociación. Los postigones de las ventanas del frente no ocultaban el paso del tiempo por la vieja casona. La pintura azul descascarada de los marcos no era impedimento para que las ventanas y las puertas cumplieren su función. Unos hilos dorados de luz se colaban entre las rendijas y delataban la presencia metálica de las máquinas overlock y rectas, ahora en silencio porque las chicas todavía no habían llegado. La reluciente maquinaria contrastaba con la precariedad del local. Todo muy pobre, pero ordenado y limpio. Las manos de las socias de Amepu han dejado sus pequeñas huellas en el viejo local que lo hacen más acogedor. Unos afiches por allí, otro retoque de pintura por allá. Unas flores y las estanterías con telas enrolladas y ordenadas le dan al ambiente un aire de que alguien le tiene cariño. Todos los espacios son pequeños, una sola mujer sería capaz de llenarlos y entibiarlos con su ir y venir. Cuando Juana abrió un postigo, el amarillento sol invernal se coló bruscamente por los vidrios y coloreó todo el recinto. Con los gestos precisos de quien está acostumbrada a limpiar y ordenar una pieza, Juana aprontó el taller para iniciar el trabajo de la jornada. Es menudita, apenas alcanza a medir metro y medio de estatura y no debe pesar más de cuarenta y cinco kilos. Su piel oscura y sus cabellos rojizos encrespados sirven de encuadre perfecto para sus ojazos negros y brillantes que parecerían estar siempre asombrados de todo. Viene tres veces por semana a este lugar no solo para trabajar en la costura: también está aprendiendo a leer y escribir. Hace muy poco le surgió esta inquietud con mucha timidez, cuando su hijita “la Fabiana” empezó a pedirle con insistencia que le ayudara en sus tareas domiciliarias. Juana no

podía y se llenaba de lágrimas y de rabia. Pero un día decidió que podía. Que todo era cuestión de intentarlo. Y golpeó las puertas de Amepu. Allí la recibieron con los brazos abiertos y empezaron por enterarse de que Juana no era Juana, tampoco María, como figura en su Cédula de Identidad. Al “Juana” lo eligieron las compañeras del meretricio y tuvo otros nombres. Un día pensó que era la de los mil nombres.

¿Mi nombre? Tuve muchos nombres en mi vida (le comentó a la compañera que anotaba sus datos en la ficha de la Asociación). Poné el que te guste más. Te cuento los que tuve o tengo, porque no sabría distinguirlos. En realidad ninguno es el verdadero. Porque nunca me anotaron ni me bautizaron. Primero, para mi madre y mis hermanos fui “la beba”. Porque era chiquitita y menudita. Pero duró poco. Mi madre nos dejó cuando yo tenía cinco años. Éramos cinco hermanos. Yo prácticamente me tuve que ocupar de mi hermanita menor. Mi madre nos destrató. Una vez nos intoxicó, otra vez nos tiró agua caliente para quemarnos. Yo me quedé con mi padre que nos cuidó un tiempo pero después se enfermó y quedó inválido y no tuvimos más apoyo”. Juana comenzó a hablar como por necesidad. Porque detrás de sus nombres para la ficha hay una historia que nunca contó porque nadie se interesó en hacerse un tiempito para escucharla. “Para sobrevivir con mi hermanita –siguió contando– iba a pedir comida al cuartel. Vivíamos en Casavalle. Después recorría el barrio pidiendo. Llegó el momento en que mi padre nos tuvo que poner en un Asilo. Recuerdo que me dijo: “Hija, la palmada de un padre no duele mucho, pero la de un extraño sí. Nunca se deje pegar”. Después fuimos a la casa de una familia. Yo empecé a andar por el barrio de la Unidad Casavalle. Lo que pasaba es que esa familia era mala para nosotras. Me hacía levantar a las cuatro de la mañana, ordeñar unas vacas, sacarlas a un campito. Tenía que lavar una pileta entera de ropa. Imaginate. Yo era chiquita, además de que no tengo físico, como ves. Y todo eso para que nos dieran un plato de comida. Además me daban unas buenas palizas que no me olvido más. Me maltrataban muchísimo. Pero allí me fui criando como pude hasta los doce años. Entonces agarré y tomé la decisión. Me fui con una amiga que me dijo: “vamos Juana a trabajar”. Me decían Juana desde que me pusieron en el Albergue. Y le digo a mi amiga: “¿pero a dónde vamos?” –porque todavía yo no sabía nada de nada–. Me llevó al Cerrito de la Victoria, a un palomar que había allí. Cuando llegamos yo no me imaginaba lo que iba a pasar. Estaban los soldados del cuartel y yo no sabía nada.

“Se cobra cinco pesos”, me dijo. ¿Pero qué hay que hacer?, insistía yo. Ella no se animaba a decirme, claro. Entonces llegó uno y me dio cinco pesos. Y yo digo ¿y qué hago con estos cinco pesos? Era que me tenía que acostar con él. Yo me seguía preguntando cómo se hace porque nunca hice nada de esto. Ahí fue que empecé. Tenía doce años. Al poco tiempo me agarraron y me encerraron. Pero me escapé del Albergue y fui nuevamente a parar al barrio. Fue una época terrible. Me castigaban, siempre andaba en líos, peleando por mis hermanos, hasta a las cuchilladas, con lo que fuera, siempre por ellos. Hasta que me fui criando y quedé embarazada de mi primera nena. Y fue cuando me casé. Lo único lindo que podía recordar era cuando mi padre me protegía y me había demostrado un poco de cariño. Todo lo demás era horrible. Y ni siquiera me pudo mandar a la escuela. No sabía ni cuándo había nacido. Hasta ahora no tengo ningún dato de cuándo nací, ni dónde, ni nada. Yo tengo una Cédula provisoria, por un año. Yo le pregunto a todos los que puedo si se acuerdan, cuándo nací, cuántos años tengo, más o menos. Alguno me ha dicho que tengo veintinueve años, y la Picha, mi tía, me dijo: “vos tenés veintinueve años y no treinta y tres”, que es lo que dice esta Cédula. Desde que me ficharon me quedó el nombre de María pero las compañeras me seguían diciendo Juana, que es el nombre por el que me conocen todas. Pero en realidad la gente me decía puta cuando se enojaba conmigo por algo, o cuando me gritaban en la calle. Meretriz me dicen en Profilaxis, prostituta en otros lugares. Tantos nombres... Pero para mi padre era “Hija”. Un día mi hermano lo pasó por arriba con el ómnibus y lo dejó todo reventado. Yo lo cuidaba. Lo encontré después de mucho preguntar y andar. Y cuando di con él estaba ya para morir. Me dijo: “Hija, cuando veas a la yegua de tu madre, nunca le des un beso, siempre escupile la cara, por lo que hizo con ustedes”. Mi padre era así. El nunca quiso entregarnos al Consejo del Niño. Siempre luchó por nosotros. Pero yo no le hice caso en lo de mi madre. Yo a ella no le guardo rencor. Una vez, que estaba parada en la esquina de 18 y Caboto y me detuvo Orden Público, me reconoció y me dijo: “Yo soy tu madre”. Ella también era de mi mismo oficio. Yo no la juzgo. “Por más jodida que hayas sido con nosotros –le dije– y que me hayas dejado tirada en la calle, yo no te guardo rencor. Dios te juzgará. Llegará esa hora. Pero no seré yo quien lo haga.” Porque yo no sé, no puedo saber por qué hizo eso. Si alguien me pudiera contar cómo era ella. Algún vecino me llegó a decir que ella no era mala, pero que se fue y nos dejó porque mi padre la castigaba mucho. Ella hacía la misma vida que yo hago ahora. Y él la amenazaba con nosotros, con

los botijas. Parece que ella no pudo más y se fue. Yo le dije que en realidad si podía cargar con uno, podría haber cargado con todos y no nos hubiese dejado, para que no sufriéramos lo que sufrimos. Porque mis hermanas, con sus trece años, se quedaron con el primero que encontraron y ahora están llenas de hijos. Igual que yo. No sabemos leer, no sabemos escribir. Nada. Diez, quince años y siempre en lo mismo. Los hombres nos matan a palos. Pero no la puedo juzgar. Desgraciadamente, en aquella circunstancia no le pude preguntar ni mi nombre ni mi fecha de nacimiento. Nunca más la volví a ver. Lo pasamos muy mal. Pasamos hambre. Recuerdo una vez que yo había hecho unas tortas fritas, de harina de maíz, o algo así; todos queríamos comerlas; la cosa nunca alcanzaba. Entonces me enojé con mi hermano: fui y le partí la cabeza con un sartén. Le salía tanta sangre que me asusté; lo puse debajo de la canilla pero la sangre no paraba. Entonces agarré el tarro de azúcar y se lo tiré encima. También traté de coserlo con una aguja. Así andábamos. Siempre peleando por la comida. Después, ya grande, mi marido me maltrataba. Me golpeaba a cada rato. Yo estaba embarazada y tenía que salir igual a trabajar para bancar a toda la familia. Estuve diez años con él. Hasta que llegó un momento que dije basta, ¡no va más! Y me vine, así con la ropa que tenía puesta. Mirá que yo no conocía el Centro, ni los ómnibus. No sé leer pero pregunto por las calles y me voy orientando. Me vine a Tristán Narvaja. Ahí empecé a recorrer las amigas y a conocer el Centro. Seguí varios años trabajando allí. Siempre con problemas con otras mujeres que me maltrataban. Hasta que un día cometí un error. No sé si lo hice por defenderme o porque ya estaba cansada de que la gente abusara de mí, de que me usaran, de que se aprovecharan de que yo era buena. Llegó un momento en que tenía una compañera que me hacía la vida imposible. Si me paraba en una esquina me gritaba y me pegaba. Si no le hacía un mandado o un favor, me pegaba también. Siempre me pegaba. Y yo le decía constantemente: "Mary, vos no me pegués, porque un día no voy a aguantar más y te voy a matar". Y un día pasó eso. ¡La maté!

Ahí fue cuando más sufrí. Tres años y seis meses estuve encarcelada. Lo pasé horrible. Mirá que yo nunca me meto con las mujeres. Lo que pasa es que me ven así, tan chiquita... y decían "esta es una pobre infeliz". Por eso abusaban. Me tenían como petiso de los mandados. Y yo siempre tenía que hacerles caso. Y me tenían por boba. Una es tranquila, y trata de ayudar y no entrar en las provocaciones, pero en todo hay sus límites, ¿verdad? La Mary me sacó de las casillas. Esa vez me tiró un piñazo, y se me vino a la

mente aquello que me había dicho mi padre, y la maté. En el ambiente, ¿viste?, hay muchas que no son compañeras. Algunas sí lo son, pero otras no. A mí, si me pasa algo, voy y trato de hablarlo con ellas, para que me ayuden a resolverlo. Lo mismo hago si me piden ayuda. Pero ellas lo primero que se encargan es de andar criticando, y contando a todas lo que les decís. Siempre te están dejando de lado. La verdad es que algunas son como malditas. Si se trata de hacer daño, te hacen todo el que pueden. Aquí no somos todas santas. Aquí la amistad no existe. En el ambiente somos sólo compañeras, compañeras de trabajo. El dinero jode todo. Si trabajás bien un día ya te odian. Si un día te quieren sacar de la esquina, te hacen meter presa. De repente, cuando estamos detenidas en el patio, con frío y hambre, y una saca un refuerzo y se pone a comerlo, ni se le pasa por la mente darte un pedacito, compartir un poco. Yo seré boba para ellas, pero soy al revés. Sean feas, viejas o jóvenes, yo comparto con ellas lo que tenga. Hasta la frazada, si es necesario. Recién ahora, que estoy enferma, el único compañerismo que encontré es aquí, en Amepu. Aquí me tratan bien y me respetan.

En el ambiente hay mucha maldad también. Claro, no todas son malas. Pero tampoco hay que imaginarse que son todas santas. Yo tengo la tranquilidad de que siempre que pude les di mi techo y mi esquina. Hasta me he peleado por ellas, he caído presa. Una vez hasta cinco días estuve presa por una compañera. Lo que me duele es que cuando no me necesitan ni te agradecen ni nada. Fijate, ahora que estoy enferma de sida tengo que andar rondando la esquina para ver si alguna compañera me tira algún pesito para comer. Y tengo que arriesgarme a que Orden Público me lleve de nuevo. El otro día me salvé por poquito. Vino la camioneta y me encontró en la esquina y páfate, pa' dentro. Yo le dije la verdad al oficial: "Mire que no estoy trabajando, que vine por esto y por esto...", le mostré los papeles. Tuve la suerte de que me creyeran y me soltaron. Fijate, yo no tengo mentalidad de prostituta. Cuando nos detienen yo no me dejo verduguear por los milicos. Pero les cumplo. Para salir, si hay que limpiarles el patio lo hago. Pero las otras no. Porque ellas dicen: nosotras somos prostitutas, no somos tu sirvienta. No venimos acá a limpiarte la mugre, no estamos para hacer limpieza. Nosotras nacimos para otra cosa, para estar paradas en la esquina y no para limpiarles la mugre a ustedes... Pero yo les decía, bueno, si hay que hacer eso para salir, que venga el balde. Porque yo necesitaba salir. Las otras me decían que era una cornuda, que les limpiaba la mugre y las jodía a ellas, que era una miedosa. No se

daban cuenta de que yo necesitaba salir para atender a mis hijos. La verdad es que yo me iba y ellas se quedaban. Y no es que fuera poco valiente. Eso no tenía nada que ver, porque una vez vino mi marido y le dijo a mi nena que le iba a romper los huesos; entonces yo fui, cargué el revólver y le tiré tres balazos; él me encajó un culatazo acá, en la frente y se cayó arriba mío. Yo le dije: ¡mirá, a mi hija no la tocás! Otra vuelta tuve que darle una puñalada porque me estaba golpeando como un salvaje. Hay mujeres que son mucha boca, pero cuando les pegan se achican y disparan.

En la comisaría todas se la agarraban conmigo, pero ellas también, cuando las aprietan se achican y son unas pobres infelices. Yo siempre le hice frente a la vida. Porque a mí siempre me dijo mi padre que si no enfrentaba la vida o los problemas era por cobarde. Mi marido, que ahora está preso, aunque me ve así, toda chiquita, me tiene mucho miedo y la gente que me conoce sabe que me hago respetar. Yo en medio de todo esto, lo único que tuve de bueno y grande en mi pobre vida son los hijos. Desde chiquitos fueron lo más grande para mí. Ahora mismo, esta gurisa, mi Fabiana, una niña todavía, así como la ves, estuve siete días tirada en la cama con un aborto, boca abajo, ella iba y conseguía hielo en el barrio, y me lo ponía en la barriga. Lo mismo le pedía a la vecina para traer algo de comer. Siendo chiquita se ingeniaba para prender la garrafa del gas, para pelar las papas y hacer un caldo, me daba agua. Si no hubiera sido por ella... ¿Cómo no voy a hacer el esfuerzo de aprender a leer y escribir para ayudarla con la escuela? En este estado, sola y enferma, sin poder trabajar, si no fuera por mis hijos yo ya no estaba aquí. Muchas veces intenté suicidarme. Pero ahora, cuando me reencontré con mis hijos, decidí empezar a luchar de nuevo. Y ellos me ayudan. Están dispuestos a trabajar aunque son chiquitos. Ahora me importa la vida, quiero vivir, porque me importan mis hijos y los voy a criar. Yo los quiero mucho. Es lo único que tengo. Aunque me sanara y pudiese trabajar ya no volvería a la esquina. Porque pasé jodida por la policía, por las otras mujeres, por los clientes. Golpeada por tantos, hasta por mi compañero. Ya no podría volver a eso. Por eso vengo aquí. Quiero aprender a coser, quiero aprender a leer para ayudar a mis hijos. Nunca permitiría que pasen ellos lo que yo pasé, que otro los siga proxeneteando como a mí. Pero una nunca sabe qué va a ser de ellos, me resultaba horrible pensar que de todo un mes yo estaba apenas un día en casa. Porque cinco días andaba para un lado y para otro. Parada en las esquinas. Después me tenían tres días en la 3ª. Salía de la 3ª y me volvía a parar en la esquina otra vez. Y siempre así. Es muy triste esa vida. Estás presa en el

patio y te ponés a pensar qué voy a hacer de mi vida. Por qué trabajar y trabajar, matarte así, y no te queda nada. Ni casa ni nada. Si al menos tuviera algo después de tanto yirar. A mí no me daba más que para comer apenas y mal vestir a mis hijos. Además, por más plata que pudieras agarrar, si te enfermás, ¿cómo lo arreglás? Ni con toda la plata del mundo lo arreglás. Habrá alguna que lo haga y que gane más porque está en otra posición, porque sus padres les dieron otras oportunidades, yo sé que en Pocitos y en Punta del Este hay chicas que nunca vivieron lo nuestro, que ganan en un día lo que nosotras no sacamos en un mes, pero si les hubiera pasado lo mismo que a mí, quisiera ver qué pensarían. Si compro un par de zapatos no me da para comer. Si compro comida no me da para vestir a los niños ni comprarme el pantalón que necesito. Además tenés que entregar toda la plata a tu marido, que como todos, sólo piensan en ellos y disfrutan a costillas tuyas. Y cuando estás desgastada y enferma como yo ahora, chau. Se van. Todo lo tienen a nombre de ellos y no te queda nada para ti ni para tus hijos. Cuando estás vieja y usada, consiguen una guacha y ¡adiós!, chau, arreglate como puedas. Ni las gracias. ¿Y qué te quedó después de todo lo que trabajaste? Nada. Bueno, lo único que tengo, como te digo, son mis hijos. Si tuviera que ir a pararme de nuevo, sólo lo haría por mis hijos. Yo creo en Dios. Toda esa gente que me hizo daño y que hizo que yo terminara con sida tendrá su hora, digo yo. Aunque no le deseo a nadie lo que yo pasé. Ojalá no le suceda a nadie lo que yo viví. Yo no tengo maldad para los otros. Pero los otros sí la han tenido conmigo.

Mientras Juana cuenta su vida como a borbotones, se empieza a dar cuenta de que aquí no tiene que defenderse de nada ni de nadie. Ella hizo la calle y eso basta para ser recibida en Amepu. Allí está, con su Fabiana, concebida con algún cliente, y que ahora es su orgullo. Todos sus recuerdos, sus pesares y pocas alegrías, son un desafío para empezar de nuevo. Se da cuenta que sus muchos nombres aquí no son un problema. A nadie le interesan esas complicaciones; ahora es alguien, es la compañera que llega cargada con unos cuadernos llenos de palotes y letras, prolijos y cuidados, y con unos vestidos de la Fabiana para reformar y pide que le dejen unos veinte centímetros de dobladillo “pa’ cuando se estire”. Sus historias dan frío a las compañeras, pero ella recuperó una sonrisa, y hasta comenzó a tararear y cantar en el taller mientras lucha con las máquinas de coser. Aquí no es el nombre de su documento el que importa, tampoco su edad falsa. Lo que sí importa es esa lucha

a muerte por la vida de sus hijos, que ni los VIH que minan su cuerpo pequeñito y que la condenan a un final próximo e inevitable podrán vencer. Juana ahora está leyendo los datos de su ficha de Amepu y escribe prolijamente su nombre en ella. Sólo la compañera detrás de la mesa de la oficina, pudo ver qué nombre eligió: Puso con letras de imprenta grandes e infantiles: LETICIA, porque una vez le dijeron que significa alegría.

OCHO

El dueño del cine porno miró a Miriam con desdén y desprecio, interesado sólo en calcular la magra diferencia que le dejaría el show después de arreglar con ella un sueldo de miseria. Miriam estaba sentada en una butaca vieja de cine que hacía las veces de silla frente a la mesa tapada de papeles, un banderín de Huracán, dos libretas y un teléfono. El dueño del cine terminaba de anotar sus datos personales. Entra un fotógrafo sin decir palabra y comienza a ajustar su máquina, coloca el flash y mira a su alrededor para ubicar un fondo para sus primeros planos.

–Desnudate, negra.

Miriam obedece sin ganas y lentamente va dejando su campera, su pantalón y su blusa ordenadamente sobre la butaca.

–No pongas esa cara que nos fundimos, –dice el hombre, mientras el fotógrafo empieza a disparar el flash.

–Sacale alguna de perfil y otra agachada. Buscale el ángulo para que podamos poner una en la puerta sin que nos metan en cana.

–Sacate todo, –ordena el hombre. El fotógrafo comenzó a guardar sus aparatos y miraba divertido a Miriam que en silencio esperaba nuevas órdenes como en un consultorio.

–Sacate todo, –insiste el dueño del cine. Tengo que ver la mercadería antes de hacer el contrato.

–Tener escrúpulos con una gurisa de éstas es pasarse de idiota, –dice, dirigiéndose al fotógrafo–. Aquí no hay nadie para redimirlas. Lo peor es jugar a los derechos humanos. Si les tenés lástima, estas jodidas te toman el pelo. Para algo son mujeres fáciles... Si no, no estaría aquí.

Miriam ni los mira. Su mente está en otro lado. Sabe que necesita pasar por eso para lograr su objetivo.

* * *

La lamparita apenas iluminaba el espejo quebrado del camarín. Miriam se pinta los ojos exageradamente, casi como para aparecer en la pista de un circo. Hoy es su segundo día en el show del cine porno. “Ayer no se me dio mal –piensa– aunque al principio creí que no podría soportarlo... Todos esos tipos mirándome... Pero el baile es lo mío, siempre me gustó bailar. Esto no es lo mismo, pero la cosa es concentrarme en la música. Cuando cobré, gracias a Dios, se me olvidó todo. Además esto es un poco más soportable que la calle y mientras no se me note el embarazo puedo ir tirando...”

Los parlantes de la pequeña sala anuncian, con falso entusiasmo, el comienzo del “espectacular show en vivo”, mientras se encienden unas indecisas luces rojas y azules que le dan un tono espectral a la platea del cine Lucrecia. El aire viciado huele a encierro y a humedad. Las paredes, de un gris indefinido, están descascaradas. En la diminuta sala se alternan, desde las 14 horas hasta la medianoche, dos películas pornográficas con el espectáculo de Miriam. Para ella, el ambiente no es demasiado diferente al que había conocido en los bares del bajo y en los cabarets, salvo que aquí no hay copas ni mesas. Tampoco se oye el ruido asordado de las voces de las parejas, ni hay aplausos al terminar la sesión. Aquí todo se hace en medio de un silencio espeso, enfermizo. Antes de empezar la música se escucha alguna tos, un carraspeo impaciente, una butaca que cruje o deja escapar un chirrido, delatando la presencia de algún espectador que, seguramente, hubiera preferido pasar inadvertido. Los que a esta hora pagaron entrada no superan la docena. Están sentados en lugares estratégicos, cada uno separado de los demás, para asegurarse el anonimato. Nadie quiere ser identificado. Nadie quiere que alguien descubra en su cara qué siente cuando una mujer empieza a desnudarse delante suyo.

Una música melosa indicó a Miriam que debía iniciar su presentación. Apenas una puerta y dos metros de corredor la separan de la platea, en penumbra, en la que sólo puede adivinar formas, contornos. Cierra los ojos y empieza a contornearse, lentamente, abandonándose a la música. Todo resulta sórdido, triste, dominado por un grotesco y primario erotismo. Pero a las sombras de la platea no parece importarles. Lo único que les interesa es ver qué hay debajo

de la ropa, cómo es desnuda esa mujer. Miriam trata de ir más allá de la rutina. Baila cadenciosamente procurando crear, hasta donde ella es capaz, el clima erótico. Cosa nada fácil con ese público fantasmal, silencioso, que se agita en sus butacas. Empieza a quitarse la ropa, pero el ruido de uno de sus zapatos al golpear el escenario y el del cierre de su pollera, borran toda fantasía posible. Pero el asunto importa muy poco porque las reglas de juego son aceptadas por todos desde el comienzo. Aquí no hay trampa. Todos saben que Miriam, o quien sea que está en ese cuerpo, no se excita en lo más mínimo haciendo el show y los que miran tampoco buscan una chispa de arte en el espectáculo. Pero Miriam, procura siempre que todo alcance un cierto nivel artístico. Quiere que lo suyo no sea como la pornografía barata que aparece en los filmes a continuación de su show. Quiere que su espectáculo sea arte, que sea erotismo y no pornografía. Aunque su esfuerzo signifique echar perlas a los chanchos. Eso piensa, al menos. Por eso no hace lo que aprendió de otras compañeras, que para no complicarse e ir más rápido ni llevaban sutién, se sacaban la tanga con desgano y fingían un orgasmo después de una masturbación apurada que a nadie convencía. Miriam sabe bien que no es fácil. Es casi imposible brindar un poco de arte en cinco minutos. Más aún cuando nadie pretende ser seducido y viene programado para otra cosa. En ese contexto Miriam sabe que no hay erotismo, que no hay sexualidad real, que todo es falso y enfermizo. Producto de una cultura que ve suciedad y vergüenza en el cuerpo desnudo. Pero ella se brinda igual, inexplicablemente. Son unos minutos en que quiere decirle al señor ese que pagó y está mirándola, que se los dedica exclusivamente a él, que lo hace verdaderamente por él. Para darle algo auténtico, aunque no se lo merezca. Aunque ese señor no se imagine lo que a Miriam le costó desnudarse delante de los ojos anónimos y libidinosos por primera vez. Porque ella, como cualquier mujer normal, aunque hubiese hecho la prostitución, pensaba que era una cosa horrorosa y que nunca llegaría a poder acostumbrarse. Sólo superó esos primeros trances porque pensaba que al fin y al cabo desnudarse no era un pecado. Y que estaba embarazada y necesitaba el dinero. Y al fin y al cabo, ¿a quién hay que culpar, a la que peca por la paga o al que paga por pecar? También le ayudaba pensar que en la playa la gente andaba casi igual a ella y nadie pensaba que era pornográfico, que era algo normal. Porque si andás con un hilo de tela, con una tanguita o un colaless que muestra todo parece que no pasa nada, pero si pasás esa frontera, si te la sacás, ahí ya sos una degenerada, una puta. Por eso Miriam hace su trabajo sin mirar a los tipos que la devoran con sus ojos libidinosos. Está segura de que si rozara su mirada con la de alguno de ellos ya todo le sería insoportable. Piensa en el dinero que

religiosamente le entregará el dueño del cine al final de la jornada y nada más. Pero no se conforma con que su strip tease sea algo grotesco. Como para defenderse un poco, quiere aproximarse lo más posible a lo artístico y aprender siempre algo nuevo, algo más. Sabe que es un arte sacarse la tanga, sentir la música y contornearse al unísono con ella, cómo desprenderse un zapato, pararse. Comprende que es importante tener un cuerpo cuidado y armonioso, por eso le inquieta el avance de su embarazo de varias semanas. Aunque sabe también que a los tipos que la vienen a mirar, todo eso les importa poco. Pero quizás por eso no es extraño que mientras está en el camarín leyendo una revista vieja o charlando con otro empleado del cine, mientras toma un café con bizcochos esperando la siguiente función, algún cliente, fingiendo ir al baño, le va a golpear la puerta y le pregunta si quiere salir con él. Entonces Miriam les contesta que están muy equivocados, que su asunto es un espectáculo artístico y que todo termina allí, con la música. Que si la ven desnudarse y se excitan es asunto de ellos. En realidad van a eso y quedan como drogados por la película porno que ven antes del show. Algunos permanecen toda la tarde para verla dos o tres veces. Son jubilados. Hacen sus cosas de manera vergonzante, tapándose con un diario o echándose un abrigo sobre las piernas. Pero para Miriam no son más que unos pobres tipos que no llegan ni a inspirarle compasión. Más bien le dan lástima. Los mantiene fuera de su atención porque ella no mezcla su vida privada con el trabajo. Es fundamental esa estrategia de defensa personal. No hay que mezclar las cosas. Los hombres quieren siempre que seas una puta para ellos. Y que agarres viaje con ellos. No pueden entender que una tiene derecho a elegir, a organizar su vida de otra manera cuando no está trabajando.

Miriam es consciente de que todo esto se debe a nuestra manera de ser, a nuestra cultura hipócrita y machista que nos hizo así. Y la que se embroma siempre es la mujer que tiene que luchar sola. Ella es siempre la que en nuestra sociedad tiene que entregarse al hombre, entregar su cuerpo, sus caricias... su vagina, y hasta permitirle que glorifique un orgasmo al que ella no tiene derecho ni siente. Ellos nunca pierden nada. No tienen himen y no salen embarazados... La mujer de la calle es la que tiene que estar siempre sometida al hombre de la calle, que pavonea su hombría con su miembro erecto, agresivo, buscando siempre cavidades vaginales para penetrar. Él no se ensucia porque es el que expele, tira afuera, eyacula. Pero ella es la que se queda sucia e impura, porque tiene que andar recogiendo y recibiendo y eventualmente quedar fecundada.

NUEVE

Las atracciones nocturnas, generalmente destinadas a captar turistas solitarios o maridos insatisfechos, funcionan en los clubes o cabarets de la periferia de la Ciudad Vieja y del Centro. Como parte de sus espectáculos, que siempre terminan siendo lo mismo y dejando vacíos a sus consumidores, anuncian “sexo explícito en vivo”. La única novedad dentro de lo trillado del ambiente consiste en el tamaño, la forma, la gracia y la armonía de las curvas de cada mujer. Lo de “explícito” no pasa de ser un remedo de los espasmódicos contorneos de cuerpos simulando el acto sexual. Todo se complementa con algún número musical, sin estrellas, realizado generalmente por una veterana de senos exuberantes y voz gastada, que se anima con algún tango o un bolero anticuado. Fue justamente en uno de esos locales, siempre llenos de humo, de gente chispeada por el alcohol y mujeres dispuestas a salir después de unas cuantas copas, donde Miriam encontró a quien buscaba desde hacía varios días.

—Laura, tengo que hablarte.

—Vení, sentate aquí y esperame que llego con dos tesitos.

Laura captó inmediatamente que Miriam se encontraba en apuros, o que tenía algún problema serio. Su cara se veía preocupada y sospechó que algo grave había ocurrido.

—Necesito una mano. Desde hace tres días ando con pérdidas y dolores permanentes. Imaginate que no puedo seguir más en este estado. Me fue imposible mantener el trabajo. El martes terminé la primera sesión del strip tease totalmente descompuesta y me fui a la cama. Me parece que no se para con quietud. ¿Podés telefonear a tu amiga Yolanda para que me revise? Me parece que viene aborto en puerta...

* * *

Efectivamente, esto es un aborto –dijo con tono profesional la doctora–. Tengo que analizar las causas. Vamos a empezar por tu historia clínica. Contame si tuviste otros embarazos... qué enfermedades tuviste cuando niña... La doctora Yolanda fue tomando nota cuidadosamente en una ficha y finalmente dio varias recomendaciones a Miriam e hizo varias recetas para la farmacia.

Desde ese día quedó latente en el ánimo de Miriam que su organismo tenía “algo” que le producía una creciente debilidad y que seguramente fue el causante del aborto. Tendría que empezar un largo vía crucis de análisis clínicos en Salud Pública. La imposibilidad de trabajar trajo como consecuencia la falta de dinero para comer o para colaborar con la caja chica de Mabel, que la había recibido en su pieza con tanta generosidad. Decidió que no podía seguir siendo un peso muerto y partió rumbo al Bajo nuevamente. Allí se encontraría con alguien conocido y no sería difícil hallar algún rincón donde “caerse medio muerta”. Juntó sus pocas pertenencias en un bolso azul, se abrigó bien y después de dejarle un corazón rojo pintado en una hoja de cuaderno escolar a Mabel sobre la mesa, salió a la calle.

No le costó ubicar la puerta amarillenta y grasienta, que se abre a un corredor oscuro y que conduce a una especie de conventillo cerca de las Bóvedas portuarias. Engañó al dueño de la pieza diciéndole que al final de la semana le pagaría el dinero convenido. Porque la verdad es que no tenía ni idea si podría conseguirlo. Era un martes lluvioso de otoño. El siguiente lunes por la mañana había que pagar. Pasó los días postrada en una especie de catre y peregrinando por el hospital para hacerse los análisis que le había mandado la doctora. Le pidió dinero prestado a un antiguo amigo que merodeaba por un local cercano. Pero se aproximaba el fin de semana sin solución a la vista. El sábado de noche tomó la decisión inevitable. A pesar de los dolores y el malestar general –hasta fiebre tenía–, se vistió, se miró en un espejito que llevaba en su bolso, se maquilló combinando con un delineador negro, sombra azul y mucho rimel para bordear esos ojos que delataban cansancio y debilidad. Poco antes de las 23 horas se paró en la puerta de una galería que hace esquina con 18 de Julio y simuló mirar una vidriera. Su polera de color rosa y los pantalones azules que se ajustaban al cuerpo disimulaban su estado anímico ante un eventual cliente. Poco después subió a un taxi que la condujo con un hombre a uno de esos establecimientos que son una institución montevideana

nocturna: la casa de citas conocida en el ambiente como amueblada. Después de atravesar el parque de ingreso, el taxi desemboca en una serie de puertas de garages individuales. Algunos ya tienen las cortinas metálicas bajas; otros están abiertos. El taxi penetra lentamente en una de esas cocheras. Sin cruzarse con nadie. Miriam y su cliente ascienden por una pequeña escalera interior que los conduce a un apartamentito que se compone de un salón y un dormitorio. Esa noche, Miriam tuvo la suerte de que el cliente estaba forrado y quería tratamiento especial (y para ella una buena tarifa, también especial). Le exigió una seguidilla de cosas ajustadas a sus gustos y aficiones, un tanto perversas y sado masoquistas. Pidió al empleado del telo varias cositas a tales efectos (cadenas y látigo) y le pidió a Miriam que simulara perversiones varias y que asumiera extrañas posiciones en medio de masturbaciones múltiples. Miriam no podía sentirse peor. Nunca había soportado nada igual. La cabeza parecía que le iba a estallar. La fiebre le hacía correr gotas de sudor por el rostro, que excitaron enormemente al cliente porque creyó que ella gozaba con sus extravagancias. Pero la mente de Miriam sólo buscaba aferrarse a la idea del dinero que esa tarifa especial le iba a reportar. Podría así arreglar sus cuentas y encarar el futuro incierto debido a los crecientes e inesperados problemas de salud. En un alto de la sesión pidió al empleado que le trajera una Coca Cola y dos aspirinas. Otro taxi los vino a buscar, en el garage, al pie de la escalera. Nadie, excepto el chofer, pudo ver a Miriam que a esa altura estaba absolutamente descompuesta y con ganas de llorar. El cliente la dejó en la misma esquina y se esfumó en el mismo anonimato con que llegó.

El efecto de las aspirinas había calmado un poco el malestar de Miriam quien mientras dudaba de volver o no a su pieza para tirarse en el catre, notó la solicitud de otro cliente que se le acercó sigilosamente y le susurró al oído el deseo de hacer un viaje con ella. Miriam dudó, pero pensó que ya que estaba... Y los pesos acordados pesaron definitivamente para decir que sí. Pero esta vez se propuso lo normal y que no pasara de quince minutos. Ahora, más que nunca, la rapidez era fundamental. Como en sus viejos tiempos, apenas entró en el telo le pidió al mozo que fuera encendiendo el video, así el cliente se excitaba rapidito y la cosa terminaba en seguida. Cuando se encontró nuevamente en la calle, ya el físico no le daba más y decidió volver a la pieza. El consuelo era pensar que el lunes podría pagar la pensión y que tendría algo de sobra para otros gastos.

DIEZ

La reunión había comenzado puntualmente para extrañeza de todos. La salita de Amepu estaba abarrotada de mujeres. Algunas eran abiertamente reconocibles como meretrices porque estaban en ropa de trabajo. Habían venido directamente de la calle o de algún local. Otras podían pasar por amas de casa. Las edades iban desde los veinte hasta los sesenta años largos. Se había formado una especie de rueda animada de comentarios y diálogos cruzados y en medio de la reunión desentonaban dos abogados, una monja, una asistente social y un cura, que aunque no tenía distintivo alguno era fácil de identificar por su lenguaje y sus actitudes. Pero no parecía que esas presencias provocasen incomodidad en las mujeres. Todo hacía suponer que –salvo los abogados que estaban convocados especialmente para ese día– las demás personas eran conocidas y de confianza de las muchachas. Poco a poco el diálogo se fue ordenando y entraron en tema con toda naturalidad. Cristina, la presidenta de turno, presenta a los abogados que “gentilmente accedieron a venir –dice– para ayudarnos con su consejo”. Sugiere que las mujeres les vayan contando sus casos para ver si se puede hacer algo desde el punto de vista legal y que la Asociación estaría plenamente dispuesta a instrumentar. Miriam había ido esa tarde para encontrarse con la monjita y plantearle su dramática situación. Venía decidida a decirle que iba a dejar la calle, que quería empezar algo de costura, algún curso, cuidar niños en la guardería de Amepu, o algo por el estilo. Pero como llegó cuando la reunión estaba empezada, se metió en la salita y desde un rincón participó de ella. En ese momento una mujer estaba hablando de lo que ella calificaba como la “suciedad” en lugar de sociedad. Y mencionaba a la “alta

suciedad", que conocía bien y que, cuando trabajó como doméstica, fue según ella la causante de que terminase en la calle.

Yo me vine de afuera, donde tenía una familia, un hogar. Pero tuve que separarme del padre de mis hijos, porque tomaba mucho. El trabajaba en el Ferrocarril y allí ganaba algo, pero tomaba mucho y me golpeaba más. Yo no podía seguir soportando esa vida. Entonces, después de nueve años y medio, casi diez, de vida en común, tomé la decisión. Por ese entonces, con veintitrés años, yo tenía cuatro hijos. Me acuerdo que pensé: "Peor de lo que estoy no podré estar". No podía soportar más a un hombre que se emborrachaba todos los días, ni que mis hijos vieran cómo me golpeaba, el estado en que me dejaba. "Mejor separarme e irme lejos, y que no sepa donde estoy", pensé. Dejé a mis hijos con mi madre y me vine a Montevideo, sin conocer a nadie. Me puse a buscar trabajo. Nunca me voy a olvidar: "Agencia Manolo". Todavía vivo cerca de allí y cada vez que paso por la puerta me acuerdo.

La mujer cuenta su historia a la asamblea, que parece estar un poco nerviosa, porque todo eso está un poco fuera de tema: los abogados habían venido a discutir otros asuntos. Pero el cura, cuando la presidenta intentó interrumpirla, sugirió que podía ser importante para los abogados conocer un caso concreto. Entonces, todo el mundo asintió para que siguiera.

No fue nada fácil. Yo no tenía amigos, ni referencias, nada. Primero conseguí un trabajo con cama en una casa de familia. Pero no duró mucho. Era en Pocitos y el único hijo, cuando la Señora no estaba, me acosaba permanentemente, a veces con bastante brutalidad. Me obligaba a acostarme con él. Y yo eso no lo aguanté más. Entonces conseguí otro trabajo como ayudante en la cocina de un restaurante. Ganaba una miseria, pero luché durante dos años y finalmente me traje a mis hijos. Voy para afuera, enfrente al padre y le digo que mis hijos son míos y que él, durante los dos años que yo no estuve, nunca les dio nada, mientras que yo, desde la distancia, siempre estuve aportando para ellos, mandándole dinero a mi madre que fue la única que los bancó. Y se los gané bien porque mi madre, a cada giro que yo hacía, guardaba una constancia. Fuimos al juez e hicimos mil otros trámites y papeleos. Teníamos una casita y una pequeña fábrica de mochilas. Él se quedó con todo. Yo agarré a tres hijos, que los tengo conmigo; el otro quedó con el padrino y ahora tiene diecinueve años. Agarré dos bolsos de ropa y me vine de nuevo. Cuando llego acá, la cosa se hace difícil. El trabajo que tengo no me

da para alimentarlos, calzarlos, el estudio... No me da. Y aquí viene la cosa. Donde yo vivía, en la calle Rivera, había muchachas que trabajaban en la calle. Yo tenía contacto con ellas, las escuchaba, veía cómo vivían. Y me dije: si estas mujeres ganan lo que dicen que ganan y no tienen problema, ¿por qué no lo puedo hacer yo que estoy pasando tanta necesidad? Entonces, sin dejar mi trabajo en el restaurante, en Rivera, cerca del Zoológico, al salir me venía a pie. Siempre paraba un coche y alguien me hablaba. Yo ya empezaba a cotizarme. Cada salida mía me reportaba un mes de trabajo en el restaurante. Hasta que un día llega la policía, entra en la casa de citas y me separa del cliente; y yo, como recién lo había conocido en la calle, no sabía ni cómo se llamaba. Entonces me preguntan, ¿usted conoce a ese señor? Y yo le digo que sí. Pero era mentira. El asunto es que el otro policía estaba hablando con el señor, que se asustó y dijo: “yo no la conozco, yo le pago”. Y fíjense que yo digo que sí, que lo conozco, que es mi amigo. Pero como no supe ni dar su nombre, enseguida se dieron cuenta de que estaba trabajando. Me subieron a un furgón grande y marché por primera vez a Jefatura. Ahí estuve veinticuatro horas, muerta de miedo. Fíjense que era la primera vez y es una cosa horrible. Después pensé: “gracias a esto mis hijos no pasan necesidad. Habrá que aguantarse”. Pero qué injusticia, pensaba, el tipo estará en su casa lo más campante, y la ley me cae encima a mí, que para comer tengo que aguantar a esos tipos que parecen tan respetables para la policía. Y yo pensaba que la ley no es pareja. Al fin de cuentas los dos hacemos un contrato. Porque él me contrata a mí, ¿no es así? Pero la que marcha presa soy yo. Me gustaría preguntarle a los abogados si esto está bien, si tiene que ser así.

La cosa se animó, todas empezaron a opinar a la vez y a abundar en situaciones absurdas. No estaba en cuestión el hecho de que la sociedad –la suciedad como decía esa mujer–, las rechace y las desprecie. A lo sumo las tolera como una especie de “mal menor” ante el desastre que supondría su inexistencia. Pero en todos los casos se las rechaza y discrimina. “En la escuela donde puse a mi hijo –intervino otra mujer–, cuando me llamó la maestra fui y le dije que yo era meretriz, y que quería que a mi hijo se lo respetara como a los demás. Pero la cosa no era igual, y se corrió entre todas las maestras y las madres de los otros chiquilines. Lo miraban como a un apestado. Pero a la prostitución no la inventamos nosotras. Es la sociedad la que nos crea a las prostitutas. Nos usa y nos discrimina al mismo tiempo. Todo el mundo sabe que vendemos la mercadería

para comer y para los hijos. Y dicen que lo hacemos porque nos gusta, si no, ¿por qué no nos ganamos la vida de otra manera? ¿Pero quién nos ofrece algo? Nadie. ¿Y quién de nosotras que haya estado un tiempito en esto no quiere dejar? ¿A quién le gustan los manoseos y los malos tratos?..." Trataban de explicar a los invitados cómo esta gran hipocresía social les hace llevar a todas una doble vida. Por un lado son putas y por el otro son madres de familia y mujeres como cualquier otra, que luchan como la que más. Pero se sienten mal en su piel. Y tienen vergüenza de la parte prostituida de su ser.

Pero ellas no estaban allí para discutir por qué la sociedad es así, y cuáles son las causas de la prostitución. Fueron convocadas por Amepu, para discutir con dos abogados las condiciones concretas de su actividad laboral y cómo mejorarlas. Al sindicato le importa cambiar todo eso que atenta contra su condición de mujeres, de seres humanos y –en la gran mayoría de los casos– de madres. Ante la insinuación del cura de que le pusieran otros ejemplos concretos a los abogados, una de las más jóvenes, Estela, muy pintada, y sentada en una banqueta en equilibrio, haciendo esfuerzos para aparecer recatada con una indisimulable mini de trabajo, dijo:

–Por ejemplo, nuestro trabajo está reglamentado, ¿verdad? Tenemos que ir dos veces por semana a Profilaxis para controlarnos. Todo fenómeno. Pero somos un montón. Cinco mil, siete mil en Montevideo. Y parece que el reglamento sólo te permite ejercer en prostíbulo. ¿Y cuántos hay? Una docena, no más. ¿Y cómo hacemos, nos pueden decir, para meternos las siete mil en doce localitos? Fenómeno, con Amepu acordamos de palabra con Orden Público una "zona libre" para que no nos jodan. La rambla portuaria. Pero allí los clientes no van. Y además tampoco cabríamos todas juntas. Es una zona peligrosa. Entonces tenés que rebuscarte como puedas, pararte donde puedas. Pero si tenés carné, si sos una prostituta autorizada a ejercer ¿es un delito pararte donde quieras sin armar relajo? Y si en el peor de los casos es violación de un reglamento, ¿es razón para que te den veinticuatro horas de cana? Les pongo otro caso –dice mirando ansiosa a los abogados–: si tratamos de escaparnos de la camioneta policial, que nos persigue constantemente, te podés llevar unas cuantas horas más. Porque se embroncan, porque dicen que los obligamos a correr. Y cuando no te insultan, te pegan. O te desnudan y te meten en el calabozo, sin colchón, sin manta ni nada. Si te ponés de rebelde o de pesada, te dejan allí hasta que aflojes, porque no es plata lo que te piden,

generalmente tenés que aceptar acostarte con ellos para que no te jodan más. La verdad es que te presionan tanto que es como si te violaran. Pero ¿quién dijo alguna vez que una prostituta pueda ser violada? ¿Eso está bien? ¿Y a quién vas a reclamar? ¿Al comisario? Siempre salimos jodidas por todos lados.

—Pero no sólo te detienen trabajando —interrumpió Paula—. Te levantan en cualquier parte y a cualquier hora. Si estás en la feria, si vas a hacer un mandado para los gurises, o si estás tomando una Fanta tranquilamente con una amiga.

—Y hasta te bajan del taxi en que vas con el cliente, acotó la Cordobesa, porque a mí hasta me persiguió un patrullero cuando iba en taxi y me bajó con tremendo escándalo y flor de lío con el cliente. Mire, doctor —dirigiéndose al abogado más joven— la verdad, la verdad es que con las putas vale todo.

—Pero mucho peor es en el Interior, agregó Marita, una rubia chiquita y muy seria a pesar de los ojos pintados, que hace poco llegó de Treinta y Tres para trabajar en Montevideo; allá trabajamos en prostíbulos con un horario de diez de la noche a seis de la mañana. Durante ese tiempo no podemos ni asomarnos afuera, porque si te ve la policía marchás. Y les digo más: aunque haga un calor de 40 grados y la pieza esté llena de humo irrespirable, no podés ni asomarte a la ventana porque vas presa. En algunas partes del departamento de Lavalleja (en Minas, o en Cerro Chato y en José Pedro Varela) las mujeres no pueden salir de sus casas en ningún momento durante el día. Estamos presas en vida. Ni pensar en hacer un mandado, un paseo con tus hijos. Si te ven, te llevan. Fijate: para ir a la farmacia, por ejemplo, primero tenés que avisar en la comisaría. Una vez tuve que tomar remedios y tuve que pedir autorización para ir a buscarlos, después presentarme con los remedios en la seccional para mostrar que los había comprado, y vuelta al prostíbulo. Y peor si tenés que viajar. Estamos como en la época de la dictadura, con aquello de la libertad vigilada. Para salir del departamento tenés que pedir autorización, explicar los motivos del viaje, cuándo volvés, etcétera. Entonces yo me pregunto, ¿en qué leyes se basan los comisarios del Interior para tratarnos de esa manera? Porque yo creo que la Constitución es pareja para todos, debería de ser, ¡bah!, pareja para todos. Porque si vos tenés la libreta en regla, ejercés dentro del local y todo, yo supongo que en el resto de tu vida privada deberías gozar de libertad irrestricta, ¿no es verdad?

—Lo que pasa es que generalmente los comisarios del Interior —interrumpió uno de los abogados— aplican lo que se llama el derecho consuetudinario, es decir, la costumbre. Una costumbre que en este

caso viene del primer reglamento que existió en nuestro país sobre la prostitución –y no hay muchos más– que se conoce con el nombre de Galloso, que era el nombre del jefe de Policía del momento. Después fue modificado varias veces por otros decretos y leyes y en este momento existe una confusión muy grande y un vacío legal que no las protege. Lo legal que queda del reglamento es casi nada. Lo que ha permanecido es la costumbre. Aquel reglamento, que tenía por objetivo “proteger la salud pública” y “defender el orden y la moral pública” es tan de otra época, de un Uruguay que ya no existe, que prohibía por ejemplo a las prostitutas “mostrarse en los palcos de los teatros”. Lo que pasa es que en aquella época, en el Uruguay de los años treinta, lo que pretendía el reglamento era –ante un mal que se consideraba inevitable– no ofender la moral pública, y para eso las escondía y las encerraba. En gran parte sigue rigiendo el mismo sistema que ya se ha vuelto costumbre. La vida de ustedes queda librada al “buen entender” del reglamento y de la costumbre que pueda tener el comisario de turno. La cosa no está bien, pero mientras no se vuelva a legislar, no tiene mucha más vuelta. Aunque no les guste, en el Uruguay de hoy, que no es el de los años treinta cuando se reglamentó, ser prostituta es estar al margen de muchos derechos constitucionales y la realidad legal las transforma en una categoría distinta de ciudadanas.

–Lo que usted quiere decir, aunque con mucha educación –acotó de nuevo Marita–, es que nosotras para la suciedad, como decía la compañera, somos bichos sucios y sólo medio humanos que no conviene que se vean y más vale mantenerlos encerrados...

–Miren –intervino el otro jurista–, mi generación, los que hoy rondamos los cincuenta, tuvo una iniciación sexual en los prostíbulos. Los problemas que aquí se están mencionando eran los mismos. Yo creo que debo ser sincero y decirles que tengo un gran pesimismo sobre el futuro, respecto de la posibilidad de que mejoren las condiciones de su profesión. Me refiero en cuanto a mejorar el marco legal, a que se pueda hacer una nueva legislación que les ayude un poco y que llene ese vacío del que hablaba el colega. Porque en Uruguay sigue rigiendo el sistema “reglamentarista”, que data de la época napoleónica, que considera a la prostitución como un “mal necesario”, cuyo ejercicio debe ser reglamentado, con el fin de preservar la higiene pública y el orden público. Pero este sistema hace tiempo que debió ser sustituido por otro, el llamado “abolicionista” que es llamado así no porque pretenda abolir la prostitución, sino abolir su reglamentación. Para este sistema aceptar la prostitución –aunque fuere como un mal necesario– es aceptar

una situación denigrante para la mujer. Según el artículo 22 de la Ley Orgánica de Salud Pública, que se aprobó, fíjense bien, el 12 de enero de 1934 se determinó que “en materia de prostitución el Poder Ejecutivo establecerá la sustitución del régimen actual, es decir el reglamentarista, por otro basado en la supresión del prostíbulo, la denuncia y el tratamiento obligatorio de las enfermedades venéreas-sifilíticas y propondrá al Parlamento el establecimiento del delito de contagio intersexual y nutricio”.

Eso dice la Ley Orgánica, pero la verdad es que nunca se llevó a la práctica. Yo creo, para sintetizar y ser claro con ustedes, que nuestro país reúne tres grandes problemas en este asunto: en primer lugar una legislación que no se cumple. Luego tenemos que lidiar con pautas culturales de la sociedad que son muy difíciles de cambiar y, finalmente, una situación evidente de vacío legal, en muchos aspectos, que no es de fácil solución. Porque ¿qué son el orden público o las buenas costumbres? Nosotros, en la Facultad de Derecho, le enseñamos a nuestros alumnos que son meras cortapisas a la libertad irrestricta de la gente. Fíjense: para el Juez que tiene que intervenir en estos asuntos, la prostitución está reglamentada por una ley típicamente represiva, porque corresponde al país de los años treinta, que no tiene nada que ver con el de los noventa. Y como ha dejado de tener toda virtualidad, entonces es simplemente reemplazada por la costumbre. Y la costumbre, en manos del administrador, es arbitrariedad. Así de simple y de crudo. Las pautas culturales son las de una sociedad machista, que ustedes conocen en carne propia, y que desprecia ciertas realidades. Yo creo que algo avanzaríamos si por lo menos se le dijera al administrador que sí existe un derecho vigente y que se debe cumplir. Aunque en esto, no sé si porque ahora soy realista o más bien pesimista, uno de mis profesores, el doctor Caggiani, decía que “el Uruguay es un país de progreso manuscrito. Hay hermosas leyes en el papel, que no se cumplen”. Yo no las quiero decepcionar, muchachas, porque me invitaron para ayudarlas, pero me parece que aunque hagamos un nuevo reglamento, el mejor del mundo, la cosa no va a cambiar así de fácil. De todos modos creo que tenemos que hacer algo. Quizás Amepu pueda tomar la iniciativa de que se elabore algo mejor a nivel legislativo. Lo principal siempre pasará por la lucha de ustedes, por lo que puedan conseguir ante esta sociedad, que algunas llamaron suciedad, porque así se ve desde su perspectiva, por lo que puedan lograr –digo– peleando en el día a día por sus derechos, por reivindicar que son seres humanos y ciudadanas ni mejores ni peores que las demás.

Todo esto estaba muy bien dicho, todo parecía muy correcto, pero las preguntas que ellas tenían agolpadas en la garganta y el corazón eran mucho más pedestres y cotidianas. Como contagiadas unas a otras, empezaron a bombardear a los abogados con las verdaderas y urgentes preguntas: ¿cómo hacer para conseguir el certificado de buena conducta?, ¿cómo hacer para retirarnos sin ser molestadas y pasar por el calvario actual?, ¿qué hacer cuando nos reprimen y nos retiran de los lugares públicos cuando no estamos ejerciendo?, ¿qué hacer cuando somos víctimas de abusos físicos, o verbales y cuando somos presionadas económica y hasta sexualmente por la misma policía?, ¿tienen derecho a dejarnos en un calabozo desnudas toda la noche?, ¿pueden estar detenidas las mujeres que están embarazadas?, ¿pueden darnos más horas o incomunicarnos o desnudarnos por intentar disparar de la camioneta?, ¿podríamos negarnos a la detención?, ¿pueden exigirnos el documento de identidad?...

ONCE

Miriam intuía que su situación era delicada: su cuerpo manifestaba una debilidad creciente. Los médicos intentaban diversos tratamientos. Algunos ella los seguía al pie de la letra, otros le eran inalcanzables porque no había bolsillo que los aguantara. Pero la cosa no mejoraba en lo más mínimo. Se encontró con el cura de Amepu para ver si se podía conseguir algún tipo de ayuda, algún seguro de salud. Al fin y al cabo había trabajado toda su vida, y si estaba enferma era por ese “trabajo insalubre” –decía ella– que estará muy bien reglamentado pero que no es como cualquier otro trabajo.

–Mirá, dijo el cura, aquí las compañeras te podrán dar una mano, podrán armar una canasta de alimentos, te podrán conseguir algún remedio, pero conseguir seguro de salud, pensión por enfermedad, ni soñar. Por algo están luchando de manera tan desigual en Amepu. Ni el PIT-CNT tiene claro qué hacer con ustedes.

–Pero a mí me pagan por lo que hago, acotó Miriam con un poco de rabia. Yo hago un contrato con un cliente. ¿Acaso los clientes también piensan que esto es un deporte? Por algo vienen a buscarnos. ¿Y el gobierno? Si esto está reglamentado y nos hacen examinar y nos ponen todo tipo de condiciones de trabajo, no me diga que esperan que juguemos a las muñecas, ¿no? La verdad es que como trabajadoras estamos marginadas por todo el mundo. Creo que nadie quiere aceptar que lo nuestro sea un trabajo.

Todos tienen más bien claro que es un vicio y no un oficio.

–Todo lo que quieras, yo estoy de acuerdo con lo que decís –intervino Cristina–, pero la realidad es que estamos jodidas. Por eso es que empezamos a luchar. Fijate que la cosa no es fácil. Ni entre nosotras. ¿Quién lucha por las compañeras?, ¿quién quiere

organizarse para mejorar nuestra situación?, aunque más no sea para conseguir algo de lo que vos venís hoy a pedir. ¡Nadie! Mejor dicho, casi nadie, porque algunas estamos aquí por eso. Cristina calentó agua para preparar unos tesitos y sacó unas galletitas de una lata pintada con flores rojas y blancas. Al rato se había formado una ronda de mujeres y el cura.

–Fue difícil, ¿sabés? –comentó una mirando el piso de baldosas cascadas– porque esto no es como en una fábrica en la que todas trabajan juntas y tiran para adelante. Cuando algunas empezamos a pensar y organizar todo esto otras no querían saber nada con nosotras. Nos decían que éramos de esos del PIT, esos comunistas. “Yo no me meto con la política”, decían. Y nosotras les decíamos que teníamos que preocuparnos justamente de estas cosas que vos venís a reclamar hoy aquí. Aunque todavía no hayamos conseguido prácticamente casi nada después de tantos años de lucha. Mirá ahí a la Pocha, con sesenta largos y todavía teniendo que pararse porque no tiene dónde caerse muerta.

–Da pena, dijo el cura, que además de todas estas dificultades, la gente las tome para la broma. No hubo murga o programa cómico de televisión que no aprovechara el tema del sindicato para reírse de ustedes y hacer reír a la gente. Y todos los grandes medios, las radios, los diarios, lo toman como una especie de folclore...

–Mirá cuando nosotras empezamos a organizarnos, quisimos hacer todo bien, todo legal. Las elecciones de autoridades de la Asociación fueron controladas por la Corte Electoral. Teníamos dos listas y todo. Lo que pasó y que nunca se dijo es que la lista que ganó –en nuestra primera época– era la de los Mercedes Benz y BMW. La otra, la nuestra, era la lista de las de a pie y un camioncito todo destartalado que conseguimos para juntar a las chicas en las paradas y llevarlas a votar. Porque la gente no sabe que cuando las elecciones hubo muchos autos caros que llegaban cargados con las que venían a votar por una de las listas. Y hasta en motos, tipos que ni disimulaban la chaqueta azul reglamentaria de la policía traían mujeres a votar. Y nosotras no teníamos ni en qué ir. Hasta alguna por ahí dice que fue amenazada. Entonces ya ves. Desde el vamos todo nos salió complicado. Porque había una mano negra que ni nos quería dejar organizarnos. Y encima muchos se ríen, y se creen que esto que hacemos es algo cómico y no se dan cuenta de que nosotras queremos cambiar estas cosas, que tenemos derecho a luchar por cosas tan simples como lo que vos viniste hoy a pedir: un medicamento, un seguro de salud, un poco de arroz para meter en el puchero. Queremos tener también una guardería para los gurises,

y una jubilación para las pobres viejas que no pueden competir en la calle con la merca joven, que cada vez es más abundante; que al menos puedan cobrar una pensioncita que les dé para comer.

—Nosotras, las que perdimos aquella primera vez, queríamos que la cosa cambiara. Porque ya estábamos en plena democracia pero las cosas para nosotras no cambiaban. Te llevaban, te detenían, te pegaban algún piñazo, te revisaban, y después te largaban como si fueras una vaca o algo así. Las de la lista oficialista, las de los autos caros y que bebían bebidas finas, decían que iban a hacer una sede, prometían muchas cosas. Pero no pasó nada. Más bien eran usadas por los milicos para que no pasara nada, para que todo siguiera igual de jodido. Pero nosotras insistimos con nuestros reclamos, y claro, las otras desaparecieron como llegaron y después de mucho ir y venir empezamos de nuevo. Además, la idea original era de nosotras, no de las que primero ganaron. Mirá, preguntale a ella, que está allí, que te cuente cómo fue...

—La idea de Amepu nació mucho antes de 1985. Empezó en las celdas de Orden Público de la Jefatura de Policía, donde, entre la bronca, el frío de las madrugadas y las burlas de los milicos, descubrimos que no había razones para no unirnos y hacer algo por nosotras mismas de una vez por todas. Empezó a hablarse de la idea entre todas y desde ese momento yo ya no entraba rabiosa a la celda. Ahora Amepu para mí es algo grande y yo quiero que esto que nos propusimos se logre algún día. Porque no nos engañamos, va a costar muchísimo. Nosotras somos el último orejón del tarro. Y tenemos que hacer que por Amepu se nos reconozca como seres humanos, como mujeres, como madres y, además, como trabajadoras. Porque este es un trabajo como cualquier otro. Pero para solucionar nuestro problema, yo creo que hay que empezar por educar a toda la sociedad: a las mujeres que nos discriminan y nos ven como leprosas sin saber por qué lo hacemos, y a los hombres que piensan que nuestros servicios son imprescindibles. En el fondo, si ellos no vinieran a comprarnos a nosotras, no tendríamos que vendernos. Porque yo me pregunto a veces por qué tiene que venir un trabajador, un obrero metalúrgico, por ejemplo, a gastarse con nosotras casi un tercio de su sueldo, cuando tiene hijos y mujer en su casa. O un político, de esos que después que se acostó con nosotras lo vemos hablando muy serio en la tele, todo un señor de la Patria, de los problemas del país. A esos sí les pregunto por qué vienen a levantarnos. Por qué no nos arreglan el problema, por qué no hacen una ley como la gente que nos proteja y nos ayude. Por qué nos usan pero después no hacen nada por nosotras.

–Mirá, lo que queremos en Amepu –dijo Cristina– no es mucho para la sociedad, para la gente bien, pero es muchísimo para nosotras si lo logramos. Y queremos que esto llegue a todas las compañeras del país, a las del Interior también, porque ellas están mucho peor que nosotras aquí. Porque Uruguay es un país chiquito y lindo, pero cuando lo mirás desde la vereda te da rabia. Porque nosotras también nacimos en esta tierra y queremos que nos respeten, que no nos discriminen como una peste. Si nosotras nos sabemos comportar, que también se porten con nosotras como Dios manda. Por eso nos movilizamos para que las chicas, por ejemplo, trabajen vestidas normalmente, que no se cambien en la calle, que no sean escandalosas, que no se paren cerca de las escuelas donde hay niños. Muchas lo entienden y hacen caso, pero todavía muchas no. Hicimos además un fondo común para ayudar a cualquiera, como a vos, Miriam, que tenga un problema. Claro que todavía no alcanza más que para emergencias, pero pensamos que debería ser como una cooperativa de ayuda mutua. Apoyamos a las compañeras que tienen algún problema con Orden Público o con otras dependencias. Tenemos un abogado que nos ayuda. Tratamos de que las chicas entiendan que hay ciertas reglas que respetar. Entonces, si la policía quiere reprimir a las que no respetan las reglas de juego, que lo haga, pero a las que las respetan, que las dejen trabajar tranquilas. Claro, todavía algunas tienen bastante miedo de venir, de vincularse a nosotras. Tienen miedo hasta de dar una firma, de tener un carné de afiliadas. Dicen “si llegan a ver mi nombre los milicos me van a dar más chicote, y no me van a dejar trabajar y fijate que yo tengo tres hijos...”

–Tomá, Miriam, leete este volante en el que está todo lo que pide Amepu –dice el cura pasándole un papel verde impreso– claro que no va a solucionar tu situación concreta actual, pero eso lo podrás charlar con las muchachas para ver qué se puede hacer. Yo creo que si te unís a la lucha ya te sentirás un poco mejor, que no es poco.

A Miriam le gustaría seguir metida en la discusión, pero ha empezado a leer con dificultad aunque muy atentamente el prospecto. Mientras las voces de las otras mujeres fueron pasando a segundo plano en su mente concentrada en el texto.

LAS MERETRICES PÚBLICAS DEL URUGUAY (Amepu) RECLAMAMOS:
Legislar la prostitución como trabajo, con una ley específica y de

vigilancia nacional. Seguridad Social e iguales obligaciones y derechos que el resto de los trabajadores uruguayos. Control del ejercicio de la prostitución por otro órgano estatal que no sea la Policía (por ejemplo: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social). Exigir el respeto de nuestros derechos humanos. Apertura de prostíbulos o concesión de “zonas de seguridad” donde se pueda ejercer la prostitución con autorización. Determinación de esas zonas con la participación de las mismas meretrices. Que se respete el principio de confidencialidad del HIV. Que no se demoren los resultados de los análisis. Respaldo psicológico a las portadoras. Provisión de preservativos gratuitos. Campañas educativas en grupo, en Montevideo e Interior del país. Preguntamos: ¿Por qué el examen de VIH es sólo obligatorio para las meretrices? Pedimos obligatoriedad mutua, para protección de todos. ¿Por qué la meretriz infectada es remitida a la cárcel? ¿Quién la infectó? Si el VIH positivo es impedimento para trabajar, que se considere un accidente de trabajo y se otorgue un subsidio a las mujeres infectadas. Papanicolau a todas y con periodicidad de seis a doce meses, según resultado inicial. Instrucción para autoexamen de mama y tratamiento cuando sea necesario. Proveer a las policlínicas de control de espéculos, guantes, material para estudios bacteriológicos, papel para las camillas, material de laboratorio, reacciones serológicas para sífilis y VIH. Entregar fármacos para los tratamientos correspondientes. Aumentar el número de personal técnico y cumplir horarios. Posibilidad de control y tratamiento odontológico. Respeto a la privacidad y al derecho a la dignidad y la autodeterminación de cada una. Alternativas para el retiro del meretricio. Vivienda: posibilidad de creación de cooperativas. Capacitación en oficios. Apoyo del Estado para nuevas actividades. Elasticidad en la legislación del menor (menos trabas para retirar a los hijos del Iname). Privilegiar el vínculo madre-hijo. Asistencia psicológica a los hijos. Derecho al certificado de buena conducta. Derecho al retiro de la actividad, sin todas las trabas que existen actualmente. Basta de persecuciones. Exigimos libertad de movimiento en todo el territorio nacional y no “libertad vigilada”. Basta de extorsiones por parte de la Policía: económica y/o sexual. Basta de tratos inhumanos en la detención: falta de higiene, destratos, abuso físico. Respeto a la privacidad de la familia (maridos, hijos, etcétera). No a la detención arbitraria cuando se tienen los documentos de profilaxis en regla y no se perturba el orden público. La prostitución de menores es una realidad no resuelta en lo social, ni en lo sanitario. Es imperioso que las autoridades se aboquen a este problema.

La reunión seguía animada. Alguien opinaba que “la principal causa de la resistencia de las chicas para venir a Amepu es que ya nadie cree en nada. Esta vida te hace desconfiar de todo. Nosotras ya vimos todas las miserias de este mundo y ¿me querés decir cómo las convencés de que hay una esperanza si no nos juntamos todas para cambiar algo de nuestra realidad? Yo vi lograr cosas mucho más difíciles que algunas de nuestras reivindicaciones y por eso me quedo aquí y le doy pa’ delante. ¿Me querés decir quién carajo lo va a hacer por vos? La verdad que el viejo Artigas tenía razón, nada podemos esperar sino de nosotras mismas”.

DOCE

La periodista acomodó sus papeles y puso su grabador en marcha. Buscaba una nota distinta. La verdad es que el mundo de la prostitución atrae con la misma fuerza con que es temido y rechazado por la sociedad. Pero ella era mujer y pensaba que quizás las muchachas se le confiaran más que a los periodistas varones. Quería saber muchas cosas. Era joven y aparte de ver a las meretrices paradas en las esquinas, poco era lo que sabía de ese mundo que hasta ahora se le presentaba hermético. Frente a ella, del otro lado de la mesa, en la oficina de Amepu, estaban sentadas dos mujeres que la miraban con caras divertidas. La desorientación de la “profesional de la prensa” era evidente por el tipo de preguntas que hacía. Se divertían sin maldad, pero más que contarle sus humillaciones, dolores, su miedo y su rabia, optaron por responderle en tono festivo haciendo chistes, riéndose no tanto de la joven, que apenas se animaba a mirarlas de frente y que se sumergía en sus notas o miraba de reojo al grabador para ver si seguía funcionando, sino un poco de ellas mismas.

Empezaron a contarle, una tras otra, historias ¿verdaderas?, ¿inventadas? que no parecían tener fin. Historias de clientes engañados por travestis, de clientes miopes que en lugar de meterse en el baño salen desnudos al corredor. O el caso de un supuesto médico que se equivoca de pieza y se encuentra con una clienta muy respetable. Se arrebataban la palabra, se reían, le echaban ojeadas a la periodista que las miraba con asombro: ella no había venido en busca de esta nota, nadie se lo iba a creer. En determinado momento vio entrar a un cura, al que las muchachas saludaron en confianza, en medio del alboroto:

-No escuche, Padre: estamos contando algunas cosas no muy santas -dijo una de ellas.

El cura se dio cuenta de que la periodista, como otros en tantas ocasiones, se sentía frustrada. Antes de que se fuera, la llamó para explicarle un poco lo ocurrido.

Lo que pasa es que estas mujeres están un poco cansadas de que se las tome por bichos de zoológico. No es que ésa fuera tu intención, pero muchas veces ellas se sienten así. Y entonces se defienden, con toda razón y derecho. Tenés que entender que ellas trabajan de prostitutas, pero en la vida son mujeres normales. Son muy pocas las que parecen prostitutas todo el día, en la calle, en sus casas, en las tiendas, en cualquier lado. Esas generalmente son de otra clase, de clase más bien alta. La mayoría de las meretrices te van a decir que ellas son profesionales, pero cuando terminan su trabajo son tan madres o mujeres como cualquier otra. Y la vida es la de todas en esta sociedad. Lavan, planchan, cocinan, cuidan sus gurises -que generalmente tienen varios-, los llevan a la escuela, hacen los mandados... Lo que pasa es que todos nos formamos muchos estereotipos de ellas. Claro, el problema es que están obligadas en cierta forma a tener una doble vida, y eso no es sencillo. Ser madre y prostituta es tremendamente complicado y exigente para ellas. Y te diré que, sin embargo, generalmente son muy madreras, luchan por sus hijos como no lo he visto en otro lado. Ojalá otras madres, que se consideran muy señoras de la casa, lucharan por sus hijos como ellas. Pero no hay que pensar que el mundo de ellas es raro. Uno ve las notas periodísticas que a veces hacen ustedes... miles de palabras en tono un poco lacrimógeno o de crónica roja; otras veces hablan de lo buenas y solidarias que son, o qué se yo. La verdad es que ellas son y se consideran seres humanos, nada más y nada menos, con todas sus virtudes y defectos. Las hay verdaderamente heroicas y buenas. Otras son egoístas y celosas, o son ordinarias y gritonas. Lo que encontrás en cualquier hija de vecino. Porque también abundan en otras casas los padres borrachos que son esposos de amas de casa insoportables, mujeres egoístas que descuidan a sus hijos. Claro, no vas a pretender que ellas no se defiendan, que no oculten cosas, que no les guste hablar o andar ventilando sus penas y las cosas feas que les pasa. Vos harías lo mismo, me imagino. Ellas tienen pudor como cualquier mujer normal cuando están fuera del trabajo. Tantas veces he descubierto pequeños gestos de pudor frente a mí. Se cuidan y me cuidan. El otro día nomás, cuando entré y una de ellas estaba con su ropa de batalla

me dice: “¡Ay Padre!, ¿no se molesta porque se me ven los breteles?”, intentó esconderlos y si no la freno casi se retira del salón para no ofenderme, o escandalizarme o qué sé yo lo que ella se imaginaba. Pero son mujeres como cualquier otra, sienten también vergüenza. Muchas tienen lógicamente pocas ganas de contar sus intimidades a cada rato.

La gente que no las conoce se imagina cosas. Hasta piensa si no les gustará este asunto. Si sienten algo cuando se acuestan con un tipo. La verdad es que en general tienen una clientela fija, de la que forman parte profesionales, dirigentes políticos, comerciantes, empleados y obreros. Nunca gente muy pobre, porque la cosa es cara y el pobre no tiene para esos lujos. Y mientras ellas trabajan no piensan en nada de lo que están haciendo ni sienten nada. En general sólo esperan que termine todo rápido para poder llevarse la plata, que es lo que van a buscar. Al principio hasta les da vergüenza. Muchas lloran de rabia por tener que aguantar a los clientes. Pero después se vuelve una cosa mecánica, muy distinta a cuando hacen el amor con sus parejas. Yo me imagino, por lo que me dicen, que ellas no ven en el cliente a una persona. Ven un cuerpo, ven carne –más o menos siempre parecida– como un forense puede acostumbrarse a ver cuerpos. Es verdad que distinguen a un tipo que les cae más pasable, porque tiene pinta, o es de modales educados, pero muy pronto todo se vuelve rutina. Una me decía: “la gente es estúpida, se cree que nosotras sentimos cuando nos acostamos con un tipo. Si fuera así no hay cuerpo que aguante. Yo cuando tengo al tipo encima –me decía– lo único que pienso es en la guita que acordamos y nada más. Otras veces pienso en las cosas comunes de la vida: en los mandados que tengo que hacer, en qué voy a comprar en la feria para mañana. Alguna vez he pensado en mis hijos, por los que estoy allí tirada arriba del colchón. Pero siempre queremos que la cosa vaya rapidito y chau”.

Son como trabajadoras en una rutina diaria que no puede tener para ellas ni novedad, ni encanto, ni misterio. Ninguna te va a decir que es una profesión linda, que está a gusto. Y más extraño aún, muchísimas, cuando entran a la habitación con alguien que les va a pagar para acostarse, se sienten sucias, culpables. Por eso experimentan vergüenza ante la sociedad. Les da la impresión de que todos las miramos como a seres pestosos y sucios. Por eso también sienten vergüenza de decirlo, de que en el barrio se sepa. Les cuesta mucho enfrentar a sus hijos en este aspecto, saben que

en algún momento se darán cuenta y agonizan buscando la ocasión para decírselo sin que eso los destruya o que dejen de mirar a sus madres como lo que son, sus madres. Lo menos que podemos pedir para ellas es mucho respeto, como con cualquier ser humano. Pero más con ellas, porque la sociedad las “sataniza”, les tira encima hipócritamente toda la mugre que ella misma produce y que no sabe dónde esconder.

La joven periodista, tras despedirse de todos, se retiró reprochándose a sí misma no haber podido grabar esta última charla con el cura para armar su nota, que había quedado trunca. Pensó que quizás podría reconstruir algo de memoria, pero lo importante era que su corazón ya no era el mismo de antes, cuando había traspuesto el dintel de la puerta.

TRECE

La salud de Miriam no mejoraba, pero a ella le daba la impresión de que su enfermedad se había estacionado. Seguía estando débil. Comenzaba a perder peso a ojos vista. Instintivamente comenzó a disimular esos quilos de menos modificando su aspecto exterior. Se puso frente al espejo y comenzó a probarse un vestido y a calcular la amplitud que debía tener el escote porque sus senos habían perdido turgencia.

No ha sido mala la idea de volver a la whiskería. La verdad es que el físico no me da más para estar parada en la calle ni para seguir con el strip tease. No será el mejor lugar para una enferma, pero estoy bajo techo, calefaccionada y trataré de emplear todos mis recursos para salir lo menos posible. Si logro que Alfredo siga embobado conmigo, las cosas serán más fáciles. Van tres noches que lo único que le importa es sentarse a charlar conmigo, bailar –poco– y acariciarme. La verdad es que lo hace con delicadeza. Parecería que se prendó de mí. Eso ayuda. Me siento más segura pero si esta peste sigue avanzando, no sé qué será de mí.

Terminó de vestirse, se peinó su larga cola de caballo, a la que anudó una cinta de terciopelo negro y se pintó con mucho cuidado para disimular lo indisimulable: sus ojos cansados y sin brillo, que parecían escrutarla desde el fondo del espejo. Puso la mesita en orden, hizo la cama y se aprestaba a salir bien abrigada, cuando un sentimiento inexplicable, una angustia indecible la dejó inmóvil, interrumpió el movimiento de su mano hacia el pestillo.

Ya sé –pensó– es el silencio, la quietud absoluta de los gatos.

Miriam se había vuelto a rodear de gatos. Toda su ternura se volcaba hacia esos innumerables gatos negros, barcinos, grises, que invadian la casa. Hasta pasaba hambre, si era necesario, para que los gatos pudieran comer.

Una vez más se miró al espejo y no pudo dejar de estremecerse: allí estaba, vestida con la elegancia que exigía su nuevo trabajo en la whiskería, con un gatito muerto en la mano. Dio un paso adelante y observó con curiosidad a esa mujer que alzaba el gatito hasta su mejilla, por la cual corrían lágrimas, abriéndose paso entre el maquillaje. Sintió que algo le rozaba una pierna, una gata se frotaba una y otra vez, ronroneando, la cola enhiesta.

¿Querés salir, verdad? Estás tan triste como yo, ya lo sé. Tomaremos un poco de aire y nos hará bien –dice, hablando en voz alta.

Salió al patio seguida por la gata y por otros gatitos que le arañaban las medias, jugando. Levantó al gatito muerto hasta sus labios y lo besó suavemente. No podía evitar esas imágenes aterradoras que a menudo le pasaban por la mente, como fogonazos, de los tiempos en que su padre les cosía a los gatos cintas de colores, por puro sadismo. Oía sus carcajadas –las mismas de cuando le pegaba a su madre– y muchas veces debía taparse los oídos para escapar a la pesadilla.

Con el cabo de una cuchara hizo un pozo en el cantero, colocó al gatito y lo cubrió con la tierra recién removida. Después cortó dos ramitas florecidas de un rosal y las puso, cruzadas, sobre el pequeño montículo. Una vecina le dice algo, sonriente, pero Miriam no la oye: deposita otras flores, aparta con ternura a un gatito que sigue arañándole las medias. Una chica, ceñida en un suéter que realza sus senos, llega en ese momento:

–Che, Miriam; vamos que nos están esperando en la whiskería.

La chica lleva unos pantalones muy estrechos. Un grupo de muchachos, casi unos niños, se detiene en la puerta del patio y empiezan a gritarles palabrotas. Ellas hacen un gesto con la mano, sin prestarles atención. Miriam camina como ausente, con la mirada perdida. Ya en el local, casi vacío todavía, escucha a la encargada hablando con el muchacho que acaba de arrimar unas cajas de bebidas.

—¿Qué le vas a hacer? Estas chicas, a veces, se ponen inaguantables, con sus aires de estrellas de cine, con sus pretensiones de princesas ofendidas... Esa que ves allí Miriam, que ha vuelto después de mil andanzas por la calle —viste, al final todas vuelven—, cuando le da por funcionar es una fuente de guita... Casi todas piensan que les damos una mesa y un sueldito por la linda pinta que tienen. Lo importante para el negocio es ir cambiando las caras. Hay que ir buscando otras nuevas, que no se sientan imprescindibles para el negocio. Porque cuando enganchan algunos clientes fijos ya se creen imprescindibles y empiezan a exigir. En seguida forman patota, como una especie de mafia y se protegen unas a otras... Y la cosa a nosotros se nos complica. Por eso yo ando siempre buscando en los bailes de los jóvenes, hablando con las empleadas de las confiterías. En fin, me imagino que será como en tu laburo, hay que defenderse porque si no...

Miriam permanece como en otro mundo. Empieza a sonar la música, que se le antoja amarga y dolorida. Mira como sin ver a otras chicas que comienzan a alternar con los pocos clientes que recién han llegado. El local se va poblando lentamente. Los hombres son indiferenciados, vestidos todos casi igual. Generalmente de traje y corbata. Miran a las chicas como desnudándolas. Miriam fuma sola en una mesa de un rincón oscuro. Sonríe con un lejano desprecio a alguien que le hace señas y da un suspiro de alivio cuando ve entrar, como buscándola, a Alfredo que se le acerca y le da un beso en la mejilla.

—Hola, ¿cómo estás? —dice, disimulando su abatimiento.

—No tan bien como vos; se te ve espléndida esta noche.

—No tanto, no te creas. ¿Vas a pedir algo?

—Lo que quieras, mi amor...

—José, traenos una de francés, para la 24.

Una botella se descorcha y se oyen copas que se llenan. Voces indistintas...

—Oíme, nena...

—Callate, bobo...

La caja funciona varias veces con su campanita cada vez que hace un tique... Todo es como una sinfonía de imágenes, lenta, pero constantemente cambiante. La situación ha cambiado dentro del local. Raquel y Elena hablan con un muchacho y otras chicas han cambiado sus parejas o están solas. Entra un hombre de mediana edad, alto, con el pelo entrecano. La encargada acude, servil, a

saludarlo y lo ubica en una mesa. Alfredo comienza los primeros tanteos amorosos con Miriam que siente estallar su cabeza de dolor, tristeza, fiebre y debilidad. Pero tiene que hacerse fuerte. Hasta tendrá que sacar energías para escuchar la música y ponerse a bailar dejando que su cuerpo sea palpado y acariciado permanentemente. Cada caricia le hace el efecto de un objeto punzante torturándola. Pero le consuela saber que eso es mejor que otra cosa.

Después de bailar dos piezas han vuelto a la mesa y Alfredo la mira sonriente.

—¡Eh!, ¡sonreíme un poquito!

—¿No vas a beber más? —sólo atina a contestar Miriam.

—¿Pero qué te pasa hoy?

—¿A mí? Nada... Escuchame, tengo mucha sed.

—Pedí, mujer, pedite algo.

—José, traete otra de francés.

Alfredo la mira con aire de reproche. Ella sonríe mecánicamente, con una convicción extraña de superioridad y, también, con un secreto rencor. Poco a poco, como una profesional que va entrando en el calor de su oficio bien aprendido, a pesar de su estado anímico se transforma en una mujer interesante para cualquiera.

—¿Sabés que me recordás a mi padre?

—¡Che!, ¿parezco tan viejo esta noche?

—No, viejo no, porque mi padre no es tan viejo. Bueno, en realidad hace una punta de años que no lo veo. Fumaba unos charutos y ¿sabés lo que les metía adentro? Marihuana. ¡Qué cosa, mi padre! Nunca supe si nos quería más a nosotras o a los animales, porque el trato...

La voz de Miriam se pierde en el bullicio del salón; de todas maneras a Alfredo no le importaba su discurso, sino lo que entreveía fugazmente por su escote...

CATORCE

Laura lo había intentado por segunda vez. Ahora las compañeras no se explican cómo sucedió porque la acompañaban todo el tiempo, salvo cuando estaba con algún cliente. El mozo del bar de la esquina del prostíbulo se equivocó de puerta, golpeó en la de Laura y como estaba medio abierta entró con el pedido: un capuchino con una media luna rellena. Se encontró con una mujer en el piso, inconsciente y boca abajo, sólo vestida con una tanga y un sutién. Un charquito rojizo empezaba a formarse en torno a una de sus manos, extendida sobre el piso. La encargada del local mandó llamar a un parroquiano que era enfermero en el Maciel y que vivía a pocas cuadras de allí. Felizmente el corte no era profundo y no había llegado a interesar ni venas importantes ni tendones. Aparentemente sufrió un bajón de presión mientras intentaba cortarse. La pusieron en la cama y no hubo forma de llevarla al Hospital ni que se fuera a algún lado. No tenía dónde ir. Ivonne la ayudó a asearse, le puso un poco de agua de colonia, le arrimó una mesita con un vaso y una Coca Cola y la tapó con una manta a cuadros de colores. Laura quería que llamaran al cura. Se empecinó en que lo buscaran y que viniera a verla, necesitaba hablar con él.

—¿Pero vos querés que venga aquí, al quilombo?

—Necesito hablar con él; además, ese cura no se va a hacer problema. Y las otras compañeras tampoco se van a hacer problema porque lo conocen. Andá, Ivonne, sacá de mi bolso el monedero y allí vas a encontrar un papelito con el número de teléfono. Llamalo. Haceme ese favor.

* * *

El cura se bajó en la parada que hace esquina con la avenida Artigas y se dirigió a la plaza de Las Piedras. Miró a su alrededor y pensó que lo mejor era ir a la iglesia para averiguar dónde quedaba el queco. “¡Las cosas que tiene que hacer un cura!” –pensaba mientras cruzaba hacia la plaza, donde había algún viejo jubilado sentado en los bancos. Cuando se encaminó hacia la iglesia, pensó que era más simple preguntar a alguien por el camino. Puso cara de despistado y encaró a un hombre que estaba parado solo en la esquina:

–Perdón, ¿por dónde quedan los quecos?

El hombre lo miró, insinuó una sonrisita cómplice y con un ademán disimulado dijo:

–Siga derecho por la siguiente cuadra a la derecha, hasta la vía y luego otra vez a la derecha.

Se topó con un bar con un medio tanque en la puerta. Dentro, algunos hombres estaban bebiendo. Pensó que debía ser por allí, pero no podía adivinar dónde estaba la puerta. Entró como si fuese un parroquiano más y pidió un liso. Antes de pagar, le preguntó al de la caja:

–¿Por dónde se entra al queco?

–Por acá, al costado, al fondo del corredor.

Un pasillo sin techar, con puertas a los costados, era demasiado estrecho para varios hombres que conversaban pacientemente. Algunos eran conocidos entre sí, otros parecían evitar las miradas. Un joven le comentaba a otro de unos veinte años que él venía cada quince días, más o menos.

–¿Vas siempre con la misma?

–Sí, estoy esperando a una que ahora está ocupada. Prefiero esperarla porque si empiezo con otra nunca se sabe...

El prostíbulo tiene unas siete piezas y la portera, como en casi todos los otros locales, es la dueña. Dos o tres mujeres, entre los veinte y pocos años hasta los treinta y tantos, asomaban a las puertas. Una en tanga de color rosado y el pelo suelto sobre los hombros intenta con una postura extravagante seducir a los hombres que pasan por el corredor. Dentro se aprecia la pieza típica de los quilombos, con su mesita portátil y la luz roja, el rollo de papel higiénico, algún frasco de espadol o de dialcol y algún cenicero. Hay cama, una silla con ropa encima y algún ropero.

–Muchachos ¡hay chicas desocupadas!, gritó la dueña por el fondo del corredor.

El cura aprovechó y se le acercó diciéndole cortésmente y en un tono que obviamente no era el de un cliente:

–Vengo por Laura, me mandó llamar.

–¡Ah!, espere un momentito que le hago avisar.

Apareció una morocha alta, de ojos saltones, con un buzo de lana bordó que le dejaba el ombligo al aire; unas medias de nylon negro bordadas con rombos y zapatos de taco resaltaban sus largas piernas, apenas cubiertas por una pollerita a tablas. Ivonne se presentó como pidiendo perdón por la facha y le pidió al cura que la siguiera hasta un cuartito lateral donde la patrona había ordenado que alojaran a Laura.

–Disculpe, Padre, lo que pasa es que estoy trabajando y no puedo cambiarme de ropa. La llave de la pieza es cara, ¿vivo?, y la cosa ahora no está como para perder el tiempo. Pase por aquí, la verdad que lo de Laura no nos gusta nada. Pobre gurisa. No sé qué se podrá hacer por ella.

Cuando llegaron al cuartucho, Ivonne abrió la puerta y anunció al cura. Luego los dejó solos y volvió a su trabajo.

Laura, todavía mareada, tenía un cierto aspecto irreal. El cura la encontró melancólica pero con voz firme. Dos trenzas rojizas teñidas y un poco desordenadas yacen sobre la almohada. Sus ojos castaños resaltan en la palidez de su rostro y se clavan en los del cura que se adelanta y arrima una silla al borde de la cama. Las manos de Laura, pálidas, de largas uñas muy pintadas, se aferran a una del cura. Un torrente de palabras surge de los labios de la mujer. Con algunas dificultades –tal es la angustia y el frenesí de la muchacha– el cura comprende que el gesto de Laura era un acto de rebeldía, de rabia y desesperación ante esa vida que había sido siempre la suya. Comprendió que la mujer lo había llamado para pedirle que se hiciera cargo de un hijo suyo, secuestrado según ella, pero en todo caso alejado desde hacía años. Le pidió, también, que algún día le contara cómo su madre había luchado por él, hasta dar su vida.

–Ya no puedo más, Padre. No me quedan fuerzas ni ganas para seguir.

Comprendió, también, que Laura ya no tenía ni dónde caerse muerta, literalmente. La sordidez del quilombo no podía hacer las veces de un hogar, pero peor era volver a vivir en la calle, sin metáfora alguna. Supo, asimismo, que Laura necesitaba establecer un contacto humano, necesitaba a alguien que simplemente la escuchara, alguien que tratara de comprender su situación, de manera desinteresada. Alguien, en fin, que no pretendiera “sacarle el último jugo que le quedaba”.

–Padre, hágalo por el gurí, por la vida que me tocó, por el bien que siempre traté de hacer a pesar de todo.

El cura sabía que la mujer necesitaba desahogarse y que eso la ayudaría a seguir la lucha. Como si esta actitud le hubiera devuelto algo de su coraje, Laura empezó a contarle lo que nunca nadie había querido o tenido tiempo de escuchar.

–Mire, Padre, cuando nací allá, en Montevideo, me crié hasta los cinco años en la casa de mi padrino. Somos catorce hermanos, ocho mujeres y seis varones, por eso mis padres no nos podían tener a todos y estábamos repartidos. A mí me tocó vivir con mis padrinos. Después mis padres me llevaron para afuera, a Suárez, y allí estuve hasta los doce años cuando me pusieron en el Albergue. Con mis padrinos estaba bien, pero mis padres dijeron que yo no podía estar en el lujo y ellos pasando hambre. Y decidieron que me fuera con ellos para ayudar. Bruscamente pasé de ser una mimada por mis padrinos, que me tenían prolija, me dejaban tomar el desayuno con ellos en la cama, al barro, a lavar a mis hermanos, a cocinar... Mi madre se iba a cada rato, para tener más hijos. Y yo, así, chiquita, tenía que ser la jefa de la casa. Yo soy la tercera. Tengo una hermana mayor, después viene un varón y luego yo. Tenía que cocinar, lavar la ropa, limpiar la casa, prácticamente hacer todo. Y siempre me preocupé de hacer las cosas bien, que mis hermanos estuviesen limpios, que la comida saliera lo mejor posible. Trataba de enseñar a mis hermanos menores, pero la verdad es que casi tenía la misma edad. Además a la escuela iba impecable. Me lavaba la túnica y los championes. Iba pobre pero impecable. Me preocupé mucho de aprender. Sólo repetí un año. Hice hasta quinto año, porque después me encerraron en el Albergue. Pero lo terrible es que mis padres nunca me quisieron, y yo no era una mala hija. Me levantaba a las seis de la mañana, cuando mi padre se iba a trabajar, preparaba la leche para mis hermanos y le cebaba mate en la cama a mi madre. Nunca les hice mal. Iba al comedor de la escuela, ayudaba allí a preparar la comida. Traía comida a casa... Y para colmo mi papá se propasaba conmigo de noche. Me manoseaba y me hacía de todo. Yo al principio no sabía nada de nada. Después, ya cuando tenía doce años empecé a tener uso de razón y me daba cuenta de lo que pasaba. Me empecé a fugar de casa. Cada vez que me iba me encontraban y me llevaban de vuelta y además me castigaban mucho. Recuerdo que muchas veces mi padre llegaba de noche, iba a mi cama, me destapaba y me pegaba y yo no sabía ni por qué. No entendía nada.

Fijese que para enseñarme, porque yo no sabía, de qué lado iba el campeón derecho y de cuál el izquierdo me pegaba con una vara en la planta de los pies. Agarraba una manguera que tenía y me pegaba. A veces también con la hebilla del cinturón. Por eso sentía como que yo no era hija de ellos. Me hice rebelde, pienso, porque tenía que sobrevivir; si no me rebelaba capaz que me mataban a golpes. Me tuve que hacer fuerte para poder aguantar todo eso, ¿verdad? Pero un día, cuando todo se me hizo insoportable, yo me dije que no volvía más a mi casa. Dentro de todo, me decía que no podía contarle nada a mi madre de lo que me hacía mi padre, porque si lo hacía todos mis hermanos se quedarían sin padre y no tendrían más nada qué comer. A quien le conté fue al comisario de la seccional. Le dije que me fui de casa porque mi padre me hacía esto y aquello... pero que no quería que fuera preso porque si no la pagaban mis hermanos. El comisario me dijo que si no volvía a mi casa me tenía que encerrar. Y yo le dije: "¡enciérreme comisario!, prefiero eso a volver a casa". Y me mandaron al Albergue de Yaguarón. De allí también pasaba escapándome. Me mandaban a la Casa Cuna a limpiar, lavar la ropa de los botijas. Me escapaba continuamente, andaba a campo. Dormía en los baldíos. Si era verano dormía en la playa. No tenía ninguna amiga. Para todo me arreglaba sola. Yo digo que aprendí muy rápido a conocer a la gente. Para mí se clasificaban en dos clases: los que te consideraban como vos sos y los que sólo te ofrecían un plato de comida o un techo para acostarse contigo. Entonces un día me dije: para hacerlo como lo estoy haciendo, por un miserable plato de comida, para eso cobro. Y así empecé a trabajar en la calle. Tenía trece años. A los quince años quedé embarazada. Mis padres nunca me fueron a ver al Albergue. Estaba como depositada, como una cosa. No tenía a nadie. Me lo pasaba entre la calle y el Albergue, porque me escapaba permanentemente. Fue una época terrible. Mis padres sólo supieron de mí cuando empecé a trabajar en la calle porque yo les llevaba plata. Ellos aceptaban la situación, porque les llegaba dinero fácil; lo otro no les importaba nada. Ni que fuera menor, ni que estuviera embarazada. Yo seguía trabajando en la calle con embarazo y todo. Siempre sola. Siempre estuve muy sola. Ni mi hermana mayor me ayudó. Que podría haberlo hecho.

Cuando me fui definitivamente de mi casa lo hice caminando desde Suárez, por la vía del tren, y llegué hasta donde estaba ella. Recuerdo que me había enfermado por primera vez. Tenía una sola muda de ropa. Llegué a la puerta y le pedí una muda de ropa, pero ella me echó. Esas son cosas difíciles de entender. Yo no le guardo rencor a nadie. Pero todo lo mío es feo. Nadie me quería y yo no podía querer a nadie porque todos se querían aprovechar de mí.

Dentro de todo rescato algo positivo, yo tuve suerte por el lado de las enfermedades. Siempre tuve suerte en ese sentido. Fijese que andaba a la intemperie, dormía en la playa –¿vivo en la playa Malvín, donde hay un puente debajo de la calle?–, yo dormía allí en pleno invierno. Cuando llovía y había un grado bajo cero, me las arreglaba para dormir en los ómnibus. Tenía una sola muda de ropa, entraba a los bares y me lavaba la ropa en el baño y me la volvía a poner encima ensopada. Nunca me enfermé, podría haberme agarrado una congestión y morirme ¿verdad? Pero tuve suerte.

Lo mismo con la policía. Yo siempre los respeté. Pienso que ser policía es un oficio como cualquier otro. Capaz que el pobre hombre no encontró otro trabajo. Y eso es tan común en este país en que no hay trabajo. Ser policía es un trabajo en el que se gana poquísimo y es peligroso, así que pienso que a nadie le puede gustar mucho. Pero alguien tiene que hacerlo, porque si todos fuésemos abogados esto no funcionaría ¿no es así? Entonces yo siempre tuve buenas relaciones con ellos. A veces aprietan. Bueno, pienso que es su trabajo. Hasta le digo más, Padre, a veces, cuando no tenía para comer ni para pagar la pensión, alguno, no le digo todos, me dio dinero. Yo pienso que ese es un acto de humanismo, ¿verdad? y no lo olvido. Ninguna de las que se decían mis amigas hizo eso por mí: lo hicieron los policías. ¿Se da cuenta? No puedo decir que los policías sean malos si conmigo no lo fueron. Tuve sí, un problema con uno, que intentó pegarme y yo le pegué primero. Después, el tipo me pidió disculpas y la cosa pasó. Claro que no todos serán iguales. Yo sé que algunos son unos hijos de puta, pero ¿no será que todos somos malos y buenos? Me imagino que entre los curas es igual... Ellos son seres humanos como todos, tienen mujer e hijos.

Realmente quise a un sólo hombre en mi vida. No me refiero a un amor de pareja. Yo hubiese deseado poder querer a mi padre como quise a mi padrino. Lo único lindo que recuerdo de toda mi vida es aquella época, esos poquitos años que estuve con mi padrino aunque es un período cortito, porque él falleció cuando yo tenía siete años. Me llevaba a la cantina, me ponía sobre el mostrador y yo metía los dedos en las copas y me los chupaba, me enseñaba a bailar tango. Yo era muy chiquita, pero él me cuidaba mucho. Tenía tres hijas más, pero yo era la más chiquita y además era su ahijada. Me consentía todo lo que no le consentía a sus hijas. Mi madrina también me quería y fue buena conmigo, pero él fue muy cariñoso. Pero mi padrino falleció pronto y yo ya no estaba con ellos. Ese es el único recuerdo lindo que conservo de toda mi vida. Por eso también el recuerdo más triste de mi vida, fue cuando mi padre me dijo que

había fallecido mi padrino. Yo era chica y mi padre me lo dijo de una manera brutal. Fue terrible. Era lo único que yo quería y tenía en la vida. Eso nunca se lo pude perdonar.

Tampoco me ayudaron cuando estuve embarazada. Cuando se enteraron, me llevaron a la comisaría porque querían saber quién era el padre de mi hijo. Al principio, yo no entendía nada de lo que estaba pasando, y por eso, porque no veía nada malo, di el nombre del padre de mi hijo. Entonces se lo llevaron preso y pretendieron obligarlo a casarse a la fuerza. Él estaba en una buena posición: su padre era arquitecto. El muchacho no quería casarse por nada del mundo, y dijo que iba a defenderse con todos los abogados que fueran necesarios. Entonces la jueza le dijo que si no se casaba iba a ir preso y él aceptó. Pero yo no: cuando vino el momento del careo, dije que él no era el padre, que el padre era otro, un hombre del que yo sólo conocía el nombre de pila.

A partir de ahí hice la calle para comprarle ropa al bebe. Vivía en hoteles, con otra mujer, en el Camino Maldonado. Cuando el parto, avisaron a mi hermana y a mi madre. Mi madre me dijo que volviera a casa. Yo no quería, pero ella insistió e insistió: al final me convenció y volví. Estuve como dos meses. Empecé a trabajar de vuelta en la calle y llevaba dinero para el niño.

Un día en que el nene estaba en un corralito, se le cayó una manzana que yo acababa de darle.

-¡Guacho de mierda! Tiraste la manzana -grité yo, pero porque es mi forma de decir, no había ninguna maldad en ello. Mi padre, entonces, me agarró a las trompadas, me rompió la boca, me tiró al piso y me agarró a las patadas. Y me echó de la casa. Yo empecé a aprontar a mi hijo, pero mi madre me dijo que no iba a dejar que me llevara al guri. Que antes de llevármelo me iba a hacer encerrar de nuevo en el Consejo del Niño, porque yo estaba fugada y era menor. Ante esa disyuntiva, no tuve otra alternativa que irme sola.

Al tiempo, en ocasión del día de la madre, volví. Siempre agachando la cabeza, ¿vivo? y traté de hablarle, pidiendo un perdón que en realidad yo no tenía por qué pedir, como si ellos fueran los padres de mi hijo. Pero como a mí lo que me importaba era estar junto a mi niño, me tragué el orgullo y pedí perdón. Y terminé pidiéndoles permiso para que mi hijo pudiera estar conmigo... Pero ellos se negaron.

Un día dije que lo iba a sacar a pasear. Me lo traje al Parque Rodó y después ya no lo llevé más. Lo reconocí y todo, porque yo ya tenía veintiún años. Ellos de rabia me mandaron de nuevo presa con una denuncia falsa, para quedarse con mi hijo. Pero no pudieron. Luego mi padre estaba por morirse, yo me compadecí, volví a casa y les llevé al niño. Desde ese momento, ella ya no me lo quiso dar nunca más... Ahora hace cinco años que estoy de papeleos en el juzgado. Lo he ido a ver a la escuela, pero a él ya le inculcaron que yo soy una loca, que trabajo en la calle. Está todavía en una edad –tiene diez años– que no puede entender que yo lo hice todo por él. Lo único que pido es que el día de mañana, cuando pueda entender, que por lo menos no me odie.

Le dije a la jueza que en este momento no lo quiero tener conmigo, porque capaz que él, con las ideas que le metieron en la cabeza, lo pasa mal conmigo, y eso sería horrible para los dos. Yo lo único que pido es que me den el lugar que me corresponde. Que al menos me lo dejen ver de vez en cuando, que lo pueda traer a pasear, a estar algún rato conmigo. Espero que cuando sea grande pueda saber lo que yo luché por él.

Pero no todas somos iguales Padre. Por eso nunca pude tener amigas en el ambiente. Una vez, con una chica que trabajaba conmigo en la calle, con la que caímos presas muchas veces, intenté hacerme amiga. Pero me di cuenta de que no podía ser. Yo tengo un dicho que “a quien ayuda, Dios le ayuda”. Pienso que hay que ayudar y que Dios te ayudará también. Pero yo le quiero ser sincera; digo eso porque es un dicho que me ayuda y nada más, porque yo nunca fui a una iglesia, nunca me confesé a pesar de todo lo que pasé. Es cierto que a veces tengo como una necesidad de creer en alguien o en algo. Pero toda mi vida fue tan jodida que siempre me digo que no puede existir alguien bueno, porque si yo no soy mala, ¿cómo me puede caer tanto daño encima?, ¿no le parece?

Si vos nunca hiciste daño y te pasa todo esto, y ese Alguien es bueno, no puedo creer que permita eso ¿verdad? Entonces yo no puedo creer que exista Alguien. No sé, cuando me la veo mal exclamo “¡Ay, Dios mío!” y todo eso, pero no creo. Yo querría creer, pero no puedo, porque en toda mi vida no tengo ninguna prueba de que exista alguien bueno, ¿se da cuenta?

No pretendo nada de la vida, no pretendo lujos, ni tener un auto, o una mansión. Lo único que querría es tener a mi hijo conmigo y

un trabajo. Nada más. ¿Será mucho pedir? Yo digo que si existiera un Dios que ayuda, ¿dónde está escondido? ¿Me manda a hacer el mal para yo estar bien? Mire que yo con esto no quiero lastimar a nadie, cada cual tiene sus ideas; usted tendrá las suyas, yo no quiero lastimar a nadie, se lo juro. Pero es jodido que nadie te quiera, que ni siquiera tus padres te hayan querido. Yo sufrí mucho, Padre, demasiado. Si supiera lo que me costó al principio meterme en esto. Lloraba todo el tiempo, de bronca, por lo que tenía que dejarme hacer. Veía a un tipo que se me tiraba encima y lo único que yo quería era como apuñalarlo; si hubiera tenido un cuchillo en la mano en ese momento no sé lo que hubiese hecho. Por el asco que me daba, el odio que me venía. Por eso me quise matar. Te queda algo como que quedaste manchada, sucia. Que hiciste la calle y ya eso no te lo sacás más de encima. Es como una cruz que tenés que cargar siempre. Vayas a donde vayas. Y siempre pensás que nunca más nadie te podrá querer. Te queda como un miedo pegajoso, que no hay forma de lavar. Y sé de compañeras que hace años dejaron de trabajar e igual siguen con eso que no pueden borrar. Porque a veces me pongo a pensar y no encuentro por ningún lado el sentido de esta vida.

Me pregunto muchas veces ¿para qué seguir viviendo así? Yo pienso que nunca le hice daño a nadie, y pienso ¿para qué miércoles fui buena con todos? ¿Entonces tengo que ser mala? Porque todo está al revés, todos los que me hicieron daño son los buenos y yo soy la puta de mierda, la porquería a la que hay que cerrarle la puerta en las narices como a unaapestada, con quien nadie quiere juntarse a no ser más que para acostarse con ella, para joderla... Porque la conclusión es que hay que ser mala para que te vaya bien en la vida, que te consideren, que te den un trabajo. Parezco boba, porque igual pienso, ¿para qué hacer mal a la gente? La vida es tan, pero tan cortita, que la verdad que no entiendo para qué vivir haciendo daño a las personas. Hasta me cuidaba en la manera de vestirme para no herir a nadie. Cuando salía a trabajar en la calle siempre me ponía una pollera larga encima de la minifalda para no ofender a nadie, y me la sacaba sólo cuando llegaba a la esquina para pararme. Además, Padre, aunque usted no me crea, yo tengo mucho pudor. Nunca pude ni aquí en el prostíbulo pararme en la puerta prácticamente desnuda, como habrá visto a las chicas cuando vino. Yo perderé clientes, pero nunca me pude parar así en la puerta. Ni me acostumbro a que los clientes me vean desnuda. Nunca me pude acostumbrar. Además hay cosas que tampoco, que nunca pude

aceptar, aunque a usted le parezca raro en una meretriz. Por ejemplo yo nunca he aceptado que me lo hagan por detrás. Será una tara que tengo, pero nunca pude. Y aunque pierda plata nunca acepto. Pero, eso sí, yo a los clientes siempre los he tratado bien, nunca he sido ordinaria con ellos, ni violenta. Me hice respetar, sí, cuando vino algún desubicado, pero nunca destraté a nadie. Tampoco estafé a nadie. Porque el cliente está pagando por algo acordado y eso se lo doy. Pero paga y pide hasta donde yo quiero. Y la verdad es que me dan hasta lástima. Porque están viviendo un momento de placer teniendo que pagarlo. ¡Qué pena! ¿No le parece? Pero la mayoría de las mujeres no piensa así ni actúa así. Yo me hago respetar. La cosa es saberse ubicar. Pero no todo el mundo lo hace. Y ni hablar de los "señores" clientes, que serán todos unos profesionales y unos tipos importantísimos en su profesión, pero aquí con nosotras se los ve de otra manera. Nosotras les vemos la otra cara, una que se les caería de vergüenza en otro lado. ¿Por qué la sociedad no nos permite a nosotras ser consideradas también como seres humanos? ¡Claro, sólo se lo permite al tipo que tiene una placa profesional en la puerta y que se amparó en la noche para levantarte en su autazo y comportarse contigo como un miserable!

Estoy cansada de todo esto, Padre, es todo una porquería. Al final toda nuestra vida se reduce a buscar un poco de plata para sobrevivir. Todo parece tener sentido por la plata. Porque nosotras estamos ligadas a la plata, todo nuestro cuerpo, lo más íntimo de nosotras parece hecho para sacar plata. Y pensamos que no puede haber amor nunca. Que lo único que mueve al mundo es la plata. Yo ya no tengo más fuerzas para vivir así. ¿Sabe por qué lo hice venir, Padre? ¿Sabe por qué pedí que lo llamaran? Aunque no lo crea, y le agradezco mucho que se haya tomado la molestia horrible para usted de meterse aquí, lo llamé por mi hijo, porque tenía necesidad desde hace mucho tiempo de que alguien escuchara esto, para que un día se lo cuente a mi hijo. Sé que voy a intentar matarme de nuevo en cualquier momento, pero alguien tiene que conocer esta historia, esto tiene que servir para él y para otros. Yo intuyo que usted lo va a aprovechar para el bien de otros. Yo no le pido nada para mí. No necesito nada. Le agradezco muchísimo que haya venido a este lugar y que me haya escuchado. Ahora me siento mucho más aliviada.

Se agarró a una mano del cura y su rostro empezó a serenarse, el color comenzó a volverle. Una sonrisa de agradecimiento se esbozó en sus labios. El cura anotó en su agenda una dirección para ubicar

a la familia de Laura y pensó que quizás Miriam podría hacer algo por ella. Quizás intentar ser su amiga. Pensó también que cada una de ellas, a su manera, eran como caras gemelas de una misma vida, de una misma mujer de la vida.

Cuando volvía en el ómnibus a Montevideo balbuceaba una oración al Dios de la Vida, al Dios de los pobres, al Dios de las Lauras y de las Miriam.

QUINCE

Un año llevaba el cura sin verla cuando lo fueron a buscar. Miriam había pasado un penoso peregrinar entre la angustia y la esperanza. Había sido internada varias veces por períodos cada vez más largos. Al principio, cuando le daban el alta, intentó reiteradas veces conseguir un empleo, pero con mala salud, con sus antecedentes laborales y sin el certificado de buena conducta le fue imposible. El día que se enteró que estaba con el sida, cayó en una depresión muy profunda. Lo que espontáneamente le venía a la mente era salir nuevamente a la calle e infectar a todo el mundo. Porque la rabia inundaba todos sus poros y la venganza hubiese sido una manera fácil de canalizarla y evitar que le hiciera más daño. Pero su corazón le impedía dejarse llevar por ese sentimiento que finalmente la hubiese conducido a una destrucción total. Se iba aislando cada vez más de todos. En realidad descubrió muy pronto que eran los otros quienes se aislaban de ella. Le tenían miedo, lo incontrolable de su enfermedad la hacía temible y aparecía como una apestada peligrosa para todos. Eso reforzaba su tendencia depresiva y la soledad iba ganando su alma.

Con toda una vida de trabajo, brindando todo lo que era y tenía, había terminado sin ninguna seguridad, sin seguro de paro por enfermedad, como sucede con cualquier trabajador, sin jubilación por invalidez... La sociedad, que nunca le regaló nada, ahora le daba vuelta la cara y la acorralaba progresiva y cruelmente en la marginalidad. Su físico se había deteriorado de tal manera que prácticamente era irreconocible para quienes la habían frecuentado en sus días de esplendor. Perdió muchísimo peso. Su piel se volvió seca y rugosa. Su abdomen se ahuecó y sus brazos y piernas hacían

recordar a aquellas fotos de los fantasmagóricos seres –puro pellejo y hueso– de los campos de exterminio nazis. Hacía tiempo que había renunciado a disimular su deterioro físico con maquillajes y ajustando su ropa. Ya no tenía remedio. Los temores de eso que los médicos no le querían vaticinar claramente ya le habían quitado las ganas de seguir luchando. El cansancio y los nervios destrozados habían actuado brutalmente, cavándole unas ojeras profundas pero que, curiosamente, no podían ocultar la vivacidad de sus lindos y grandes ojos negros.

Esa tarde, cuando le pidió a Malba que fuera a buscar al cura, el sentimiento que la invadía era de una angustia irrefrenable. El estómago había decidido unirse al corazón, y entre los gruñidos del primero y los latidos estertóreos del otro, habían logrado desesperarla y desestabilizarla totalmente. Se dio cuenta de la magnitud de la angustia que se reflejaba en su rostro porque cuando pasó más temprano Malba, que vivía en la pieza contigua y le traía el agua cada vez que ella estaba postrada en la cama, le preguntó si quería que llamase a un médico a pesar de que ella no le había dicho nada.

Miriam se alojaba en ese momento en una pieza, si es que se puede llamar así a un cuartucho –depósito de trastos viejos–, que vaciaron para ella unas compañeras en el conventillo-quilombo de la Ciudad Vieja. Miriam siempre quedó muy agradecida por esa caridad postrera que nunca había pedido ni esperado. Había limpiado hasta con meticulosidad el pequeño espacio y como con una varita mágica lo había transformado, sustituyendo la falta de luz con unas plantitas, un póster de una playa inmensa y soleada sobre la que se derramaban unas olas espumosas de mar azul turquesa. Se había hecho espacio para vivir en compañía de su gata y la reciente cría. Todo muy pobre, pero todo muy limpio y prolijo, como ella.

Era evidente que ahora su rostro la traicionaba: se notaba lo que estaba sufriendo y eso mismo fue lo que la alertó y asustó. Los dolores que comenzaba a sentir vencieron su resistencia. Primero un dolor de cabeza muy intenso, cinco minutos más tarde un espasmo en la espalda y unos cólicos fortísimos. No sabía qué posición adoptar en la cama. Un sudor frío por la espalda le hizo ver que algo importante y malo se avecinaba y su cuerpo, que pesaba ahora unos pocos quilos, la había convertido en un ser inseguro, incapaz de dominar una situación como ésta. Al rato se sosegó un poco y empezó nuevamente a acostumbrarse a su nueva y extraña situación. Pero la fiebre no cedía y en seguida empezó a ocurrir algo.

Como un terrible presagio, por su mente comenzaron a desfilar imágenes que reconocía como familiares, porque en todas estaba ella misma. Era como si asistiera a la película de su vida desde una butaca de cine. Allí aparecía un racconto de su vida como en una exhibición de imágenes visuales increíblemente vívidas y reales. Estas eran tridimensionales y aunque pasaban con asombrosa rapidez, cada una era percibida perfectamente por ella y reconocida. Hasta experimentaba nuevamente las emociones y los sentimientos asociados con las imágenes y observaba todo, desde lo más insignificante a lo más significativo, con una sensación extraña, porque la que actuaba era ella misma. Mejor dicho, Miriam no actuaba, vivía realmente las escenas que se confundían vertiginosamente y de manera alucinante con su vida real.

El cliente sonríe y vuelve a la habitación. Miriam está como ensimismada mirando el vaso de whisky.

–Estás cansado, ¿verdad?

–Sí, ¿por qué?

–Andá, apurate, que te esperan...

–¿Pero qué te pasa ahora?

Miriam le mira sorprendida. Luego se acurruca junto a él, como una niñita.

–Así está mejor, dice el cliente que la rodea con el brazo y la besa en el pelo.

–¿Desde cuándo que no ibas con ningún hombre?

Ella esconde aún más la cabeza.

–Desde los doce años...

–¿Qué estás diciendo?

–Me quedé embarazada... Los hombres me daban asco...

–Es mentira, eso no puede ser verdad.

–Sí, es la pura verdad. Pero qué importa... Ya pude olvidar todo.

Él la mira preocupado, impresionado.

–Sí, mi amor –la besa en la frente con cariño.

Miriam levanta la cabeza y lo mira como cansada.

–Ya sé que es violento para ti contar ciertas cosas, pero... ¿cómo es posible que quedaras embarazada a los doce años? Es monstruoso...

Ella parece no haber oído. Mira hacia la ventana.

–Mirá, es casi de día. Me gusta tanto ver entrar la luz por la ventana –Miriam habla como entre sueños, completamente desnuda y relajada–.

–Tengo muchas cosas para contarte, demasiadas... mañana...

Miriam está en su apartamento. Hay otra luz, no hay nadie. Está vestida con un camisón blanco, transparente. Aunque parecía que no había nadie, un hombre en traje negro trata de besarla a pesar de la resistencia que ella opone. Al fin lo consigue y Miriam, en un gesto incontenible, aparta la cara. Después hace una arcada y vomita sobre el borde de la cama.

En la pista de la whiskería, el cliente queda desconcertado por una reacción de Miriam.

-¿Y esto a qué se debe?

Ella lo mira con angustia y como disculpándose.

-No sé, no consigo estar nunca feliz así, con un hombre... Me dan asco...

Siguen bailando.

-¿Conmigo también?

-No... contigo no.

-Menos mal

Ahora Miriam se separa un poco bruscamente del cliente y se va a una mesa en la que hay unas botellas y se llena un vaso, que bebe en seguida, ávidamente. Vuelve la vista al cliente que parece bastante molesto.

-Es tarde Miriam, es mejor que me vaya. Mañana te vengo a visitar...

Ella queda caída sobre la mesa, como abrumada.

Miriam, niña, corre, como en cámara lenta, por una pradera hermosa de avena, cerca de un arroyo, al borde de un monte criollo.

Otros niños se bañan en la orilla mientras un hombre está pescando desde un bote.

El sol es brillante.

Sigue bailando sobre la pequeña pista del cine porno, sin mirar a los espectadores que están en la sombra y se va desabrochando lentamente una blusa blanca a pintitas negras. Está llorando pero nadie se da cuenta porque las miradas se fijan en sus dedos que desabrochan botones.

En una habitación del rancho ve cerrarse la puerta y alguien pasa la tranca después de entrar. Una niña de unos doce años, atada a una cama se incorpora penosamente. Sus ojos se llenan de angustia y terror. En la otra pieza un hombre vestido de mujer baila grotescamente. Los presentes se ríen a carcajadas pero Miriam no puede oír su voz.

El fotógrafo acaba de entrar en la pequeña oficina del cine porno. Miriam está casi desnuda y se queda helada ante la mirada del hombre que acaricia su cámara fotográfica. El dueño del local, detrás de una mesa mal iluminada, le da unas indicaciones de las poses que tiene que adoptar pero ella está con la mirada perdida y no puede escuchar bien.

Entre la niebla de la noche fría, hay una mujer que se acerca por la vereda fumando. Está vestida de cuero negro y lo único que se ve son unas largas y hermosas piernas sobre zapatos de taco alto. Por la otra esquina se acercan dos focos de luz y no se puede distinguir si es un taxi o la camioneta policial.

Ante la puerta de Orden Público, queda encandilada por el sol de la mañana, luego de haber pasado toda la noche en el calabozo. Sus ojos se alegran y animan con el bullicio de la calle. Un niño la mira extrañado por su vestimenta, ella baja la vista como pidiendo perdón.

Un hombre de espaldas sienta a una niña en las rodillas y trata de besarla... Ella forcejea y se aparta... El lugar es un poco impreciso, parecería la pieza de la pensión actual, pero tiene una ventana.

Ahora las imágenes se aceleran. Rápidamente, como pulsaciones, Miriam ve borrosas escenas. Hay unas extrañas sonrisas en rostros de mujeres que, de pronto, lloran. Una mujer con dos niños por la calle, apenas como siluetas; se le acercan dos agentes policiales, le hablan...

Miriam, con la túnica de la escuela y una moña azul muy planchada, está en la esquina hablando con una mujer que indisimuladamente espera el paso de algún cliente.

-A mi padre no lo aguanto... Es un viejo... Yo nunca entendí por qué mi madre se casó con él, no puedo recordar un momento en que los haya visto felices.

En el patio del rancho, cuando casi oscurece en una tarde de tormenta, aparece un hombre con bigote que quiere acariciar a una niña, que se retira bruscamente. Todo muy fugaz, muy impreciso, alucinante.

Miriam arregla la colcha de la cama, el cliente se está vistiendo. Se siente lo que está pensando.

—Cuando me quedé embarazada, el muy jodido desapareció. Lo que yo ganaba era una miseria. ¡Qué cobardes son todos!...

Ve distintos locales cerrados, con pequeñas lamparitas rojas en las puertas. Transeúntes con las caras tapadas por bufandas procuran entrar en una de las puertas misteriosas. Cuando se abre la puerta, recortada contra una luz intensa que viene del interior del local, una mujer de aspecto cansado, aunque muy arreglada, con ropa llamativa, saluda al hombre y lo invita a entrar. Al fondo, sentada en una mesa solitaria, se divisa alguien que puede ser Miriam.

Ahora el ritmo de las imágenes vuelve a ser más lento y acompasado.

Miriam está conversando con el cura. Suena el teléfono. Ella mira por la ventana del cuarto parroquial. Se ven unos pájaros revolotear entre las ramas de un plátano.

—Tenés que entenderlo, Miriam. ¿Te creés que estás viviendo? ¿No te convenciste todavía de que vivir es otra cosa, que vivir es amar y ser amada por alguien?

—A mí nunca nadie me amó. Todas las veces que traté de amar me traicionaron... El amor para mí siempre está mezclado con lo innoble, aborta todo lo que engendra. Quizás mi destino tenga que ser así, llevar con dolor el deseo incontenible del querer frustrado, del cariño infecundo. Porque siempre me estoy entregando toda sin llegar nunca a darme verdaderamente.

—No podés seguir destruyéndote y aniquilando todo. ¿Sabés que estar viva es ser capaz de cambiar, de renovarte, empezar otra vez, de ser libre para intentarlo de nuevo?

Miriam escucha, no tiene ánimo para entrar en discusiones con el cura y menos para oír sermones. El amor se le presentó siempre como un remedo o una caricatura del querer verdaderamente a alguien.

—¿Qué es el amor, Padre?

—Es poder engendrar vida en los otros constantemente... en la belleza, en la verdad, en la generosidad.

Pero el sentimiento de Miriam ahora era muy diferente. Lo único constante en su vida había sido un nacer y morir inmediato a todo y de todo, de sus afectos, de sus deseos, sus placeres, sus temores, sus opiniones, sus sueños.

—Mi padre se acostó conmigo.

—No es posible, exclamó el joven bancario que le acariciaba un seno.

-¿Por qué me hacés hablar, entonces, de estas cosas? Tengo miedo, sabés... tengo miedo de haber quedado medio loca, de ser rara. ¿No me creés?

-¿Por qué vas a estar loca?

-Porque me pasan cosas raras por la cabeza, todo me sale mal. Es como si fuera mala, y no quiero serlo. Parece que destruyo todo lo que toco. El amor no es para mí...

Pasa un gato corriendo desesperado, en medio de las carcajadas del hombre que recién lo soltó, con cintas de colores cosidas con alambre a la piel. La escena le produce escalofríos.

* * *

Desde el momento en que Malba se presentó en la casa del cura, la noticia de que Miriam lo mandaba buscar le hizo recordar sentimientos y encuentros que había relegado al olvido. Miriam se había aislado y desde hacía un año evitaba encontrarse con conocidos. La llamada y la petición de un reencuentro abrían nuevamente las oportunidades para reiniciar una amistad involuntariamente frustrada por ella. Esa amistad, que desde el comienzo había sido difícil, llevaba como la marca del fracaso porque las distancias con lo que Miriam vivía y hacía eran casi insalvables. Durante un año habían dejado de verse. Ese tiempo había sido testigo de tales cambios en Miriam que no podía menos que crear una cierta ansiedad en el cura mientras se dirigía con Malba a la Ciudad Vieja. ¿Cuál puede ser la salida para estas chicas?, se preguntaba. La única salida es la de Jesús, es amarlas, comprenderlas, quererlas mucho y enseñarlas a querer y a quererse. Y para enseñar a querer a una persona no hay más remedio que comenzar por quererla uno mismo, se seguía repitiendo como para convencerse y darse ánimo. A medida que se acercaban al conventillo sentía redoblar los latidos de su corazón. No era miedo lo que sentía, sino una gran ansiedad. Los presagios, como generalmente lo habían sido en la historia de Miriam, ahora eran de mal agüero. Sabía por Malba que estaba muy grave y que durante el año había estado internada reiteradas veces. Que últimamente no salía de la pieza y que las compañeras le llevaban alimentos que apenas consumía. El cura, aunque acostumbrado a esos trances, curiosamente en ese momento no sabía qué postura asumir, ni cómo hacer para saludarla cuando entrara. Lo de Miriam siempre había sido tan difícil que se preguntaba si podría actuar con naturalidad en esa ocasión. Con estas reflexiones dando vuelta

en su cabeza, llegaron a la puerta del conventillo-prostíbulo. Un sórdido y largo corredor oscuro, flanqueado de puertas a ambos lados desembocaba en un patio rodeado de más piezas. Las paredes estaban sucias y descascaradas, con manchas de humedad de un ocre indefinido. El cura se detuvo como indeciso. Malba, intuyendo algo, le dijo: "Sigame Padre, lo conduciré hasta la pieza". Y se adelantó caminando delante suyo por el corredor. El olor que fluía por el corredor hacia la vereda era el típico de un lugar donde vive amontonada mucha gente, mal ventilado y húmedo. Mientras avanzaban dos hombres aparecieron desconfiados y amenazantes, pensando que quien caminaba detrás de Malba, y que no tenía aspecto de cliente habitual, venía a entrometerse en su negocio o para alguna inspección. Comenzaron a caminar flanqueando al cura que indudablemente se puso nervioso. Malba se dio cuenta de todo y con una sonrisa cómplice, procurando tranquilizarlo, le dijo: "¡No se preocupe, Padre, conmigo no se mete nadie!", mientras le mostraba una "punta", un pequeño destornillador limado y afilado en la punta, que entresacó de su sutién. Era evidente que la situación no contribuía mucho al mejoramiento del estado de ánimo del cura que procuraba serenarse y disponerse para el inminente encuentro con Miriam. Atravesaron el corredor, cruzaron el patio y doblaron por un pequeño recodo desembocando en una pieza más pequeña, claramente desigual a las otras, que pudo haber sido pensada como depósito, o algo así, de esa mansión que originalmente fue el conventillo. Malba da unos golpecitos en la puerta pero no se escucha respuesta alguna. La entreabre y mientras se hace a un lado para que pasara el cura, le dice al oído que irá rápidamente por un médico. El cuartito tiene señas evidentes de haber sido aseado y ordenado, pero los ojos del cura se fijan en Miriam, acostada en la cama, aparentemente dormida y con un brazo colgando. Sobre un par de cajones de verdura forrados con papel de colores, convertidos en mesitas y ropero, unos pocos utensilios de cosmética, un tarrito con leche, dos macetitas con plantas y sendas flores amarillas, un plato con restos de comida. En la silla medias, ropa interior y un vestido prolijamente doblado. Debajo de la cama asoman unos gatitos. El cura se sienta al borde de la cama, toma la mano caída de Miriam y en ese momento ella abre los ojos que se mueven por el cuarto como buscando desesperadamente algo, hasta quedarse quietos en los de él. Como un animal herido de muerte balbuceó algunas palabras que el cura procuró interpretar pero no pudo. Parecía delirar y sufrir mucho. Indudablemente libraba una postrer batalla interior no sólo contra la enfermedad que procuraba aniquilarla, sino también contra

algunos fantasmas. Era como si dentro de ella hubiera demonios a los que ahora un exorcista trataba de expulsar. El cura procuró decirle algo pero pronto se dio cuenta de que era inútil y mantuvo la mano de Miriam entre las suyas, tratando de comunicarle calor y paz. Un imperceptible movimiento de los dedos de ella le indicaron que le agradecía por haber venido. El rostro, que inicialmente era casi cadavérico, se le empezó a animar muy lentamente. Parecía como si comenzara a tener una sensación de maravillosa alegría. Como si se hubiese encontrado con una luz brillante cuyo resplandor sobrenatural se le reflejaba en el rostro aunque le impedía ver a través de ella. Parecía estar ante una presencia que le resultaba muy tranquilizadora y maravillosa. El cura no tenía dudas de que Miriam en ese preciso momento cruzaba un umbral definitivo. Le inundaba –a estar por lo que podía leer en la progresiva animación de sus ojos abiertos y brillantes– un extraño sentimiento de paz y de quietud que ahora hacían retroceder todas sus preocupaciones. Sus pupilas empezaron a dilatarse y la expresión de dolor había desaparecido por completo. Daba la impresión de estar presenciando algo muy bello y de sentir una gran paz. Como que paradójicamente por primera vez en su vida se encontraba a gusto y todo era agradable. De repente intentó erguirse en la cama, balbuceó algo ininteligible y en ese instante dejó de respirar y el corazón se detuvo. Por el contacto de la mano el cura sintió como si todavía estuviera allí aunque fuera del cuerpo, fuera de todo. Sintió que Miriam se encontraba allí, en un punto estable, en el espacio, sin moverse, desde el que se veía a ella misma y todo lo que ocurría. Que debía tener una sensación etérea prácticamente indescriptible para los mortales que todavía están en esta vida. Como si fuera una pluma en el aire que comienza a elevarse lentamente con la brisa. Casi que debe haber escuchado la exclamación espontánea del cura: “¡Dios mío, se murió!”, mientras se inclinaba para auscultar su corazón. Todo transcurría muy de prisa pero parecía que el tiempo no era el mismo. Todo se volvió transparente. De pronto su mano ya no transmitía la tensión anterior. Su cuerpo era como si se hubiera vaciado con el suspiro de alivio que se escapó de su pecho sin el permiso de nadie. El cura miró angustiado hacia la puerta todavía abierta, como implorando un auxilio que no llegaría de ninguna parte. Dos gatitos salieron jugueteando y revolcándose de abajo de la cama.

El rostro de Miriam ahora era muy bello y blanco. Su figura inmóvil era la instantánea de una paz que al fin había superado la de su niñez sacrificada y de un amor intacto, que ella siempre había pensado perdido para siempre. Los ojos del cura se desviaron del

rostro apacible de Miriam hacia un vivo rayo de sol que desde la claraboya abierta del patio entraba por la rendija de la puerta y hacía recortar las alas azules de una pequeña mariposa que revoloteaba sobre las florcitas que adornaban la improvisada mesa, hecha con un cajón de frutas.

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS DE LUIS PÉREZ AGUIRRE

- 1941- El 22 de abril, en el piso 4 de Ejido 1217, nace Luis María Pérez Aguirre. Es el segundo hijo de Raquel Aguirre Maza y Luis Pérez Villegas. Con los años, serán ocho los hermanos. Es una familia de sólida posición económica. Desarrolla sus estudios de primaria en el Colegio Richard Anderson.
- 1957- Culmina el cuarto año liceal en el Sagrado Corazón. En ese mismo año realiza su primer vuelo solo, como piloto, en el marco de sus clases de aviación. Dos años antes había cruzado la cordillera de los Andes a pie escalando hasta los cinco mil metros.
- 1961/- El sacerdote jesuita Luis Montes lo ayuda a procesar su búsqueda interior. Perico diría después que Montes fue clave para asumir que su vocación de compromiso social con el prójimo debía concretarse por la vía del sacerdocio. La opción es por la Compañía de Jesús.
- 1963 A poco de iniciado el noviciado, sus compañeros comienzan a llamarlo Perico, el apodo que lo acompañó el resto de su vida.
- 1964- Estudia filosofía en Argentina, como parte de su proceso de formación sacerdotal.
- 1965- Estudia teología en Toronto (Canadá) durante el día y recoge gusanos en el barro por las noches, para una empresa pesquera canadiense, porque no quería que su formación lo alejara del mundo del trabajo. Luego, ingresa como obrero en una laminadora de acero.
- 1969- Es ordenado diácono, en Toronto.
- 1970- En julio, es ordenado sacerdote, en Montevideo.
- 1972- Desarrolla labores en la Casa de la Juventud Ramón Cabré, en Montevideo.
- 1973- Golpe de Estado en Uruguay.
- 1974- Inicia una acción pastoral en la zona portuaria, en particular desarrolla un trabajo de asistencia y solidaridad con las prostitutas. A partir de esta experiencia derivará al trabajo con los niños abandonados.
- 1975- Es uno de los fundadores de la Granja-Hogar La Huella, ubicada en la periferia de la ciudad de Las Piedras, aunque no reside en ella desde el comienzo, porque, por un lado, estaba encargado de la formación de los estudiantes jesuitas y, por otro, ya había comenzado a tener problemas con el régimen militar.
- 1976/- Es detenido o citado, en numerosas ocasiones, por fuerzas policiales
- 1982 y militares. Lo someten a torturas en la Jefatura de Policía de Montevideo.
- 1978- Viaja a España y realiza un curso de sociología en la Universidad de Comillas (Santander).
 - A la vuelta de su viaje, los miembros de la comunidad de La Huella lo invitan a vivir con ellos. "Pase lo que pase", le dicen. Pasa a residir en el antiguo gallinero del predio, entonces desahogado.
- 1980- Participa en el proceso fundacional de la revista pedrense *La Plaza*, dirigida por Felisberto Carámbula. En ella colaboran, entre muchos otros, José Germán Araujo, Gonzalo y Marcos Carámbula, Manuel Flores Mora, Luis Hierro Gambardella, Oscar López Balestra, Juan Martín Posadas, Enrique Tarigo y Alberto Zumarán.
- 1980/- En el "gallinero" de La Huella, mantiene frecuentes reuniones con dirigentes políticos de viejas y nuevas generaciones. Además de la mayoría de sus ya nombrados compañeros de *La Plaza*, asisten José Pedro Cardoso, Manuel Flores Silva, Enrique Pintado, Carlos Pita y Víctor Vaillant, entre otros.

- 1981- Es cofundador de la sección uruguaya del Servicio Paz y Justicia (Serpaj).
- 1982- Es procesado, en marzo, por un artículo suyo publicado en *La Plaza*, titulado "El guerrero y la paz", en el que expuso la idea de que una persona que fue entrenada como una prolongación del fusil es la menos indicada para dirigir una sociedad civil, porque en ella hay que buscar y encontrar criterios de paz y conciliación social.
- 1983- Junto con el también sacerdote Jorge Osorio inicia un ayuno, en la sede del Serpaj, para pedir la reanudación del diálogo entre el régimen militar y las fuerzas políticas autorizadas, interrumpido por el gobierno. Tres días después, se suma al ayuno el pastor metodista Ademar Olivera. La medida dura quince días.
- 1984- Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz (1980), le ofrece la coordinación latinoamericana del Serpaj. Contesta que no porque "hubiera tenido que abandonar La Huella e irme a vivir a otro lado".
- 1985- La Organización de Naciones Unidas otorga al Serpaj la condición de entidad consultiva.
- 1986- Es condecorado en la Embajada de Francia, en Montevideo, como Oficial de la Legión de Honor. Comparte esa alta distinción con otros dos uruguayos: la doctora Adela Reta y el contador Enrique Iglesias.
- 1988- Recibe en Nueva York, junto a otras personalidades, el Premio Human Rights Watch.
 - Colabora activamente con las mujeres que crearon ese año el sindicato de prostitutas (AMEPU).
- 1993- La publicación de su libro *La Iglesia increíble* (Trilce, Montevideo) provoca un escándalo. Como consecuencia de ello es sometido al régimen de censura eclesiástica por las autoridades de la Iglesia Católica.
- 1994- Es designado experto independiente del Centro de Derechos Humanos de la ONU, un cargo de confianza del Secretario General, el egipcio Boutros Ghali.
- 1996- Muere en Montevideo el sacerdote jesuita y teólogo Juan Luis Segundo, el hombre al que Perico consideró decisivo para mantener su opción sacerdotal y superar momentos de duda. Segundo era profesor de teología en las universidades Harvard (Estados Unidos), Oxford (Gran Bretaña) y París (Francia). Nunca pudo enseñar teología en Uruguay.
- 1997- El ghanés Kofi Annan, nuevo Secretario General de la ONU, ratifica a Luis Pérez Aguirre en su cargo.
- 2000- Interviene discreta y decisivamente en las gestiones que terminarán en el reencuentro de Juan Gelman con su nieta desaparecida.
 - Es hospitalizado en dos ocasiones en estado delicado. Ya, dos años antes había tenido problemas de salud significativos.
 - Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos lo proponen para integrar la Comisión para la Paz, creada por el presidente Jorge Batlle para esclarecer las desapariciones ocurridas en el país durante la dictadura militar. Por su experiencia recae en sus hombros gran parte de las tareas.
- 2001- Muere en el balneario Costa Azul (Canelones), el jueves 25 de enero en un accidente de tránsito.

Cronología realizada por *Héctor Luna* autor del libro
Luis Pérez Aguirre. Huellas de una vida
 (Trilce, 1997)

El mundo expuesto por Luis Pérez Aguirre en esta obra es el que está oculto en lo cotidiano, muchas veces sórdido, sumido en el infierno de la soledad, del abandono, de las enfermedades. El autor empezó a conocer el mundo de la prostitución en el Puerto, en el Bajo, por 1974, cuando inició su acción evangélica de ayuda, de asistencia, de solidaridad con las meretrices que luego derivaría al trabajo con los niños abandonados. Allí conoció Pérez Aguirre a muchas de las mujeres que, malheridas, atraviesan este libro. Todos los elementos de que el autor echó mano apuntan a un solo fin: rescatar una realidad deformada, caricaturizada o satanizada por ignorancia o mala fe, ponerla bajo la cruda luz de los reflectores para disipar las sombras tenaces de los prejuicios.

Luis Pérez Aguirre (1941-2001) graduado en Filosofía y Teología, fue ordenado sacerdote jesuita en 1970. Inició su acción evangélica en la asistencia y solidaridad con las prostitutas. Luego derivó al trabajo con niños abandonados, siendo uno de los fundadores de la Granja Hogar La Huella. Fue cofundador del Servicio de Paz y Justicia y por su tarea en defensa de los Derechos Humanos fue encarcelado y torturado durante la dictadura militar. Recibió altas distinciones a nivel internacional y se desempeñó como Experto ante Naciones Unidas. A pedido de Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos integró, en el año 2000, la Comisión para la Paz.

Sus reflexiones y aportes los plasmó en cerca de veinte libros, algunos traducidos a varios idiomas. Además de los seis libros que integran estas Obras Escogidas (*Anti-confesiones de un cristiano*, *La opción entrañable*, *Mujer de la vida*, *La Iglesia increíble*, *La condición femenina* y *Desnudo de seguridades*) Ediciones Trilce publicó *Derechos Humanos*, en coautoría con Juan José Mosca y *Para leer la Encíclica en clave de Sur* en coautoría con Clodovis Boff.